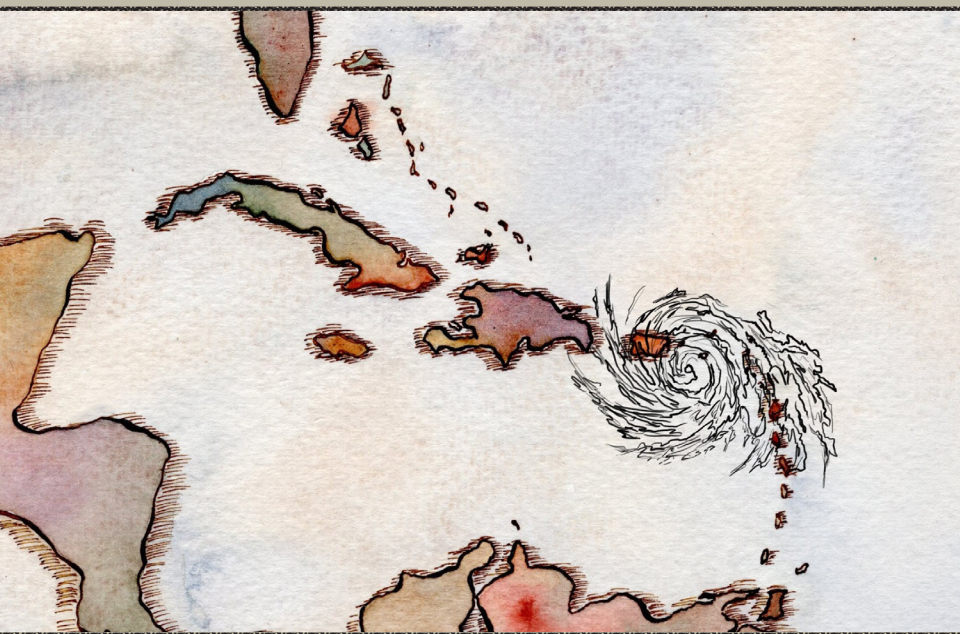


UN CAMBIO CATEGORÍA 4

MEMORIAS DEL HURACÁN MARÍA



Centro Interdisciplinario de Estudios del Litoral
Mayagüez, Puerto Rico

UN CAMBIO CATEGORÍA 4

Memorias del huracán María

UN CAMBIO CATEGORÍA 4

Memorias del huracán María

COMPILADORA

Tania del Mar López Marrero

AUTORES

Amarily Arocho Barreto
Isabella Cámara Torres
Natasha Castillo Rivera
Abimael Castro Rivera
Heidy B. Colón Rodríguez
Isabel A. Escalera García
Mariangeli Echevarría Ramos
Gabriel Franqui Lugo
José D. García Santiago
Nabila Graniela Marty
Monique A. Lorenzo Pérez
Lauryn Martínez Guzmán
Carlos F. Rivera López
Edhaliz A. Ríos Santiago
Glorimar E. Sellas Ramírez

Centro Interdisciplinario de Estudios del Litoral
Mayagüez, Puerto Rico

Un cambio categoría 4: Memorias del huracán María

© 2018: Tania del Mar López Marrero, Amarilys Arocho Barreto, Isabella Cámara Torres, Natasha Castillo Rivera, Abimael Castro Rivera, Heidy B. Colón Rodríguez, Isabel A. Escalera García, Mariangeli Echevarría Ramos, Gabriel Franqui Lugo, José D. García Santiago, Nabila Graniela Marty, Monique A. Lorenzo Pérez, Lauryn Martínez Guzmán, Carlos F. Rivera López, Edhaliz A. Ríos Santiago, Glorimar E. Sellas Ramírez

Corrección de texto: Tania del Mar López Marrero y Mariana González González

Ilustraciones de interior: Isabel A. Escalera García

Ilustración de cubierta: Cynthia L. Gotay Colón

Diseño editorial: Mariana González González

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso previo, por escrito, de sus autores.

Esta publicación es parte de un proyecto más amplio sobre amenazas naturales y desastres en Puerto Rico, titulado “Proyecto 1867: Desastres y memorias en Puerto Rico”. El mismo es financiado, en parte, por el Programa Sea Grant de la Universidad de Puerto Rico (PSGUPR) en Mayagüez, a través de la propuesta Promoting Natural Disasters’ Social Memory for Community Resilience. Para conocer más sobre el proyecto visite www.proyecto1867.com.

ISBN: 978-1-881719-75-5

Contenido

AGRADECIMIENTOS	9
ASÍ LLEGARON LAS MEMORIAS	11
EL RASTRO DE MARÍA EN MI MEMORIA	15
Amarily Arocho Barreto	
MARÍA: EL FENÓMENO QUE TOMÓ PERSONALIDAD Y CARÁCTER	27
Isabella Cámara Torres	
PUERTO RICO SIEMPRE ESTUVO DE PIE	37
Natasha Castillo Rivera	
MI PRIMER HURACÁN	43
Abimael Castro Rivera	
HURACÁN MARÍA:	
UNA PRUEBA DE PACIENCIA, SOLIDARIDAD Y RESILIENCIA	55
Heidy B. Colón Rodríguez	
MI SANTA CLARA	63
Isabel A. Escalera García	
UN HURACÁN EN EL CAMPO DE PONCE	71
Mariangelí Echevarría Ramos	
MI HISTORIA CON EL HURACÁN MARÍA	81
Gabriel Franqui Lugo	
UNOS DÍAS DE SEPTIEMBRE:	
LA VIDA ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DEL HURACÁN MARÍA	87
José D. García Santiago	

MI DIARIO VIVIR DESPUÉS DEL HURACÁN MARÍA	95
Nabila Graniela Marty	
MI EXPERIENCIA CON EL PASO DEL HURACÁN MARÍA	103
Monique A. Lorenzo Pérez	
A DIECINUEVE AÑOS DE GEORGES	111
Lauryn Martínez Guzmán	
CÓMO UN HURACÁN CAMBIA LA PERSPECTIVA DE UN SER	121
Carlos F. Rivera López	
MARÍA: NOMBRE COMÚN QUE NOS CAMBIÓ LA VIDA	131
Edhaliz A. Ríos Santiago	
MARÍA: EL FENÓMENO QUE CAMBIÓ LA VIDA DE UN PUEBLO	141
Glorimar E. Sellas Ramírez	

AGRADEZCO A LOS ESTUDIANTES que formaron parte de este proyecto y que, a pesar de las circunstancias y de su ajetreada agenda de estudio, sacaron de su tiempo para redactar y compartir sus experiencias y memorias. Gracias especiales van a Abimael Castro Rivera, Amarilys Arocho Barreto e Isabel A. Escalera García, parte del equipo de trabajo de este proyecto y que, entre clase y clase y café y café, nos reuníamos para discutir pormenores del proyecto y, sobre todo, los títulos de sus diferentes componentes. Hasta un comité conformaron: el “Comité de títulos”. Abimael fue quien, de hecho, propuso el título de la publicación: “Un cambio categoría 4: Memorias del huracán María”. Isabel nos dio su talento y dibujó todas las ilustraciones que acompañan cada una de las memorias. Agradezco mucho su esmero y paciencia para con cada pedido durante el proceso de desarrollo de las mismas. Cynthia L. Gotay Colón dibujó la ilustración de la cubierta, mientras que Mariana González editó el texto y trabajó en el diseño editorial. Agradezco también su esmero y dedicación; siempre es un placer trabajar con personas tan creativas como Cynthia y Mariana.

Así llegaron las memorias...

EN AGOSTO DEL AÑO 2017 un grupo de estudiantes y yo comenzamos a trabajar un proyecto sobre las amenazas naturales y los desastres en Puerto Rico, como parte de las investigaciones del Centro Interdisciplinario de Estudios del Litoral (CIEL) del Recinto Universitario de Mayagüez (RUM). Desarrollamos el proyecto dentro del marco de estudio de la llamada “memoria social” —también conocida como memoria local, memoria colectiva o, simplemente, memoria— concepto que hace referencia a las experiencias acumuladas, el conocimiento adquirido y las lecciones aprendidas a partir de desastres previos. Iniciamos el mismo, en parte, debido a que hacía casi dos décadas desde el paso de un huracán intenso sobre Puerto Rico (el huracán Georges en el 1998), y por la cercanía al centenario del terremoto y tsunami del 1918. La poca frecuencia de eventos naturales de gran magnitud, y la falta de experiencia que se tiene con relación a los mismos, es uno de los muchos factores que pueden aumentar la vulnerabilidad de las personas ante dichos eventos. Así pues, el propósito del proyecto era —y continúa siendo— documentar los desastres ocurridos en Puerto Rico y desarrollar materiales educativos para

dar a conocer dichos eventos y mantener el recuerdo de los mismos. Con esto, nuestro interés era fomentar también el diálogo sobre el tema de desastres en la Isla y enfatizar la importancia de desarrollar planes de manejo en diferentes niveles, ante el posible arribo de los mismos. Era importante para nosotros recalcar que, aunque no habíamos tenido un huracán, terremoto o tsunami intenso durante periodos prolongados, la localización geográfica de Puerto Rico y su situación geológica y topográfica no nos eximen de ellos.

Fue así como comenzamos a buscar información sobre huracanes, tormentas, inundaciones, sequías, deslizamientos de terreno, terremotos y tsunamis. Compilamos datos estadísticos sobre estos eventos a través del tiempo en Puerto Rico. Identificamos, además, documentos que nos ayudasen a describir acontecimientos pasados. Así pues, comenzamos a documentar lo ocurrido en eventos como: los huracanes San Narciso (1867), San Felipe I (1876), San Roque (1893), San Ciriaco (1899), San Ciprián (1932), San Felipe II (1928), Hugo (1989) y Georges (1998), el terremoto y el tsunami del 1867 y los del 1918, el deslizamiento de terreno de Mameyes (1985) y las sequías de 1994 y 2014. La investigación se basó, primordialmente, en información de fuentes secundarias o descritas, originalmente, por otros.

Entonces vino ese miércoles 20 de septiembre de 2017, día que nos visitó el poderoso huracán María, haciendo su entrada por Yabucoa a eso de las 6:00 a. m. con vientos de 155 mph. ¡Sí!, un huracán categoría 4, casi 5, como esos de los que tanto hablábamos mientras desarrollábamos el proyecto, pero que ninguno de nosotros había experimentado. Luego de un receso académico, al cabo de unos dos meses, retomaron las clases en el Recinto Universitario de Mayagüez, y por ende, nosotros nuestro proyecto. Claro está, en ese momento la situación era totalmente diferente y una que jamás vislumbramos al principio del mismo. Nos

reunimos y, luego de hablar sobre María y lo acontecido, nos preguntamos: “Y ahora, ¿qué hacemos con el proyecto?”. Fue así como decidimos añadir un nuevo elemento: que los estudiantes participantes plasmaran sus experiencias con el paso del huracán María y, con ello, contribuir a la “memoria social” del evento. Así, los estudiantes investigadores del proyecto pasaron a ser también actores del mismo. Al equipo de trabajo del CIEL, compuesto en aquel entonces por 6 estudiantes subgraduados, se unieron 9 estudiantes más que tomaban clase conmigo ese semestre, dando lugar a la redacción de 15 memorias.

A lo largo de las memorias vemos cómo cada uno de ellos vivió el huracán durante sus diferentes fases: antes, durante y después. Siendo para ellos, en esencia, la primera experiencia con un fenómeno atmosférico mayor, manifestaron una mezcla de sentimientos: desde miedo hasta curiosidad, intriga y emoción de vivir un evento de tal magnitud. Hasta el huracán María, la mayoría creció escuchando las historias de sus familiares sobre Santa Clara, Hugo y Georges. Esos sentimientos se tornaron en tristeza, angustia, ansiedad, desesperación e impotencia durante y después del huracán. La destrucción masiva que causó, el cambio en el paisaje (sobre todo en los bosques y la vegetación), el colapso de las telecomunicaciones, la falta de servicios básicos como el agua y la electricidad, el colapso de carreteras y la destrucción de viviendas, los derrumbes, las largas filas, el no saber de sus familiares y amigos, la incertidumbre sobre qué pasaría en el futuro... todo esto abonaba a dichos sentimientos.

A pesar de la adversidad y de los efectos negativos del huracán, también reconocieron aspectos positivos: la unión entre familiares y amigos, los actos de solidaridad, la ayuda mutua, la autogestión comunitaria, el apreciar el entorno “natural” y valorar las “pequeñas cosas” del diario vivir.

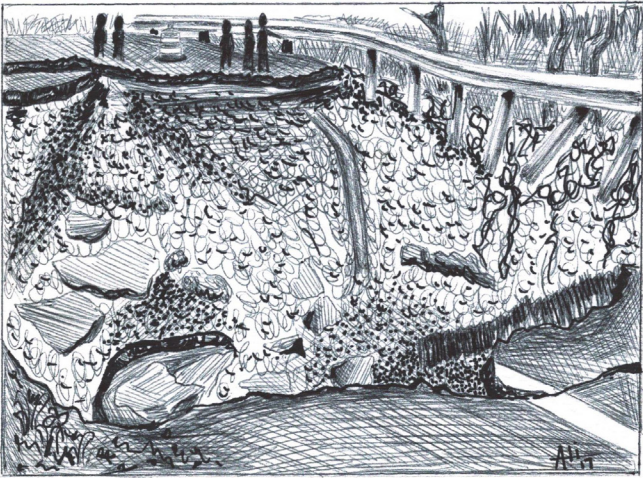
Fue para muchos un tiempo de reflexión y de experimentar cosas nuevas: lavar ropa a mano y “a tabla”, bañarse con agua de lluvia, tomar agua de manantiales y ríos, cocinar en pequeñas estufas de gas. A través de las memorias vemos también cómo se pone en práctica el concepto de “memoria social”: lo aprendido a raíz del huracán, la experiencia adquirida, los nuevos conocimientos, el comprender mejor el entorno físico y social en que habitamos y cómo se manifiesta la naturaleza en tales eventos.

Sin lugar a dudas el huracán María representó un gran cambio para todos nosotros, un “cambio categoría 4”: cambios en nuestro diario vivir, en nuestras relaciones interpersonales, en el sentido que le damos a las cosas materiales y a los momentos, en cómo manejamos situaciones adversas. Que de estas vivencias y memorias, y de muchas otras sobre María, aprendamos todos. Que constituyan también una referencia para las futuras generaciones. Como se dice en una de las memorias: “Este fenómeno pudo quitarnos muchas cosas, pero gracias a él, nuevos frutos crecerán, las personas se unirán y las casas se levantarán; los árboles crecerán y los bosques reverdecerán”. Luego de un desastre, la memoria se torna un elemento para la renovación y la reorganización de sistemas sociales-ecológicos; lo que resulta en individuos, sociedades y ecosistemas más resilientes.

Emilia del Mar Lopez Marrero

EL RASTRO DE MARÍA EN MI MEMORIA

Por: Amarilis Arocho Barreto



Carretera PR-111: Una infraestructura en colapso.

11 de noviembre de 2017
Moca, Puerto Rico

EL PASO DEL HISTÓRICO HURACÁN IRMA por el Caribe sin duda alguna fue escalofriante. En el caso de Puerto Rico, este huracán afectó mayormente a los municipios de Vieques, Culebra y la región noreste, y fue una advertencia de que debíamos prepararnos para fenómenos similares. Era casi imposible, sin embargo, imaginar que otro temporal fuese a ocurrir tan pronto.

Alrededor de diez días después del paso cercano de Irma por Puerto Rico, los noticieros del país anunciaron que teníamos una alta probabilidad de recibir otro fenómeno atmosférico, esta vez llamado María. El 17 de septiembre de 2017, el gobernador Ricardo Roselló Nevares anunció para el siguiente día la suspensión de clases en las escuelas públicas y en la Universidad de Puerto Rico con el propósito de realizar los preparativos necesarios. Por esta razón, me dirigí a mi hospedaje ubicado en Mayagüez Terrace para hacer los preparativos necesarios, ya que el mismo se encuentra en zona inundable. Durante el camino de Moca a Mayagüez observé gasolineras, farmacias, ferreterías, supermercados y panaderías, todos inundados por un mar de personas.

Al llegar a mi apartamento, busqué mis pertenencias más importantes para salvaguardarlas del huracán y aquellas necesarias para pasar el evento: documentos, certificados, impresora, comida enlatada, linternas. También me aseguré de llevar envases llenos de agua ya que en mi casa en Moca no había servicio de agua potable desde el paso del huracán Irma. Además, levanté y cubrí aquellas cosas que se podían dañar en caso de inundarse el apartamento. Luego de salir, aún me hacía falta conseguir artículos de primera necesidad y milagrosamente encontré una farmacia que no estaba tan llena. En ella, además de encontrar las cosas que me hacían falta, me enteré de que ya María era categoría 4 y le faltaba poco para llegar a ser 5. Solo pude pensar: “Esto es peor de lo que creí, pero todavía tengo un poco de esperanza de que haga un zigzag de esos y se aleje de Puerto Rico”. Lamentablemente, con el paso de las horas cada boletín acababa con mi esperanza; entre más se acercaba, más certeras eran las proyecciones que ponían a María atravesando la Isla del Encanto.

Durante la mañana del martes, 19 de septiembre de 2017, los martillazos que se escuchaban por el vecindario acabaron con mi sueño. Al despertarme lo primero que hago es revisar los boletines de la madrugada en mi celular esperando el milagroso zigzag, pero ocurrió todo lo contrario: ya era inminente el paso de María sobre Puerto Rico. Siguiendo las recomendaciones de meteorólogos, mi familia y yo finalizamos los preparativos: limpiamos los exteriores, colocamos nuevamente las tormenteras, preparamos las linternas, dejamos lista la planta generadora de electricidad, entre otros. A pesar de culminar con estos preparativos, no me sentía preparada para recibir el huracán. Prácticamente sería mi primera experiencia de un temporal intenso, ya que para Georges (1998) yo apenas tenía 3 años de edad. Quizás era la falta de experiencia lo que no

me dejaba sentirme preparada; también el hecho de que varios vecinos no se prepararon y tenían muchos objetos que podrían convertirse en proyectiles. Ese anochecer fue distinto; a pesar de que sabía lo que nos esperaba, el cielo se veía hermoso y colorido, como una obra de arte que puede transmitir muchos mensajes.

En la madrugada del miércoles, 20 de septiembre de 2017, ya habían comenzado los efectos de la tormenta: no había energía eléctrica ni señal de celular. Los árboles y las tormenteras comenzaban a batallar contra el viento y las primeras bandas de lluvias comenzaban a llegar. Todavía María se encontraba en el sureste de la Isla, por lo menos algo así fue lo último que pude saber. Yo me quedé en casa de mis abuelos maternos en el barrio Capá Barreto de Moca. Además de mis abuelos y yo, en la casa se refugiaron mi tío junto a su esposa y sus tres hijos, ya que su casa (localizada al lado de la casa de mis abuelos) era en madera y zinc. Durante la espera de María, mi abuelo repetía: “No va a pasar na, estos vientos son más suaves que los de Irma”. Lo que él no sabía es que eso solamente era el comienzo.

Al pasar las horas los vientos adquirían más intensidad. El cuarto donde dormí parecía una escena de película de terror por los fuertes ruidos del viento que también intentaban levantar los techos de zinc de la casa del vecino y la de mi tío. De vez en cuando me asomaba por el balcón y podía observar cómo los árboles perdían sus hojas y ramas, y algunos, los más pequeños, se caían prácticamente de raíz. Reservas de agua de vecinos llegaron vacías hasta la carretera frente a nuestra casa. Pero lo peor aún no había empezado.

Aproximadamente a la 1:30 p. m. se sintió una gran calma. Me alegré porque se fueron los fuertes ruidos del viento, pero también me asustaba la idea de que proviniera del paso del ojo de María y de que, de forma impredecible,

podiese comenzar lo peor. Sin saber si esa calma era el ojo o no, decidí acompañar a mi tío a su casa para verificar que todo estuviera bien. Agradiciadamente así fue. Sin embargo, a través de un espacio que la tormentera no pudo cubrir, observé que el Charco Viejo había crecido como sucedió en el huracán Georges, según me contaron. Esta crecida era visible ya que los árboles que rodeaban al charco habían desaparecido. Al otro lado de la quebrada pude observar una casita de madera volcada y fuera de su lugar de origen. Otra casa más a lo lejos había perdido parte de su techo de zinc.

Al salir de casa de mi tío, me asomé por la marquesina para ver si mis padres y hermana estaban bien. Efectivamente, me hicieron señas para decirme que estaban bien. El único detalle era que había un enorme árbol en la entrada de la casa y no podían salir en caso de que ocurriera una emergencia repentina. Durante ese periodo de calma escuché a muchos vecinos decir: “Ya se acabó la tormenta”. Otros intentaron asegurar a último momento sus casas y pertenencias. Esa calma duró alrededor de dos horas.

De pronto toda la furia de María se desató; afuera se tornaba todo gris por el viento. Su rugido ya se escuchaba por toda la casa. Pude ver cómo los techos y ranchos de zinc desaparecían al ritmo del viento, que amenazaba también con tumbar el rancho de mis abuelos; lo forzaba constantemente y los ruidos que ejercía parecían fuertes golpes. Los árboles y postes del tendido eléctrico que habían resistido al primer *round* del temporal se desplomaban en el segundo. En nuestro caso, el poste que nos brindaba energía se partió a la mitad. El agua se comenzó a filtrar por el aire acondicionado instalado en el cuarto de mis abuelos y por algunas ventanas. Inmediatamente, buscamos toallas para así evitar que siguiera entrando agua. Las horas parecían eternas.

Al anochecer pasamos “el susto de la vaca”, como dicen en el campo. Mi tío observó que los vientos del huracán

estaban comenzando a llevarse el techo de su casa. Cuando dijo lo que ocurría, todos mis familiares comenzaron a llorar y mi abuela casi se desploma por el nerviosismo. Afortunadamente, mi abuela mejoró cuando le di un poco de agua de azahar y los demás familiares se fueron tranquilizando. Yo me mantuve calmada y dando palabras de aliento, pero sintiéndome al mismo tiempo inútil ya que no podía hacer nada más por ellos. Luego de este momento, solo nos quedaba esperar a que el huracán cesara por completo. Casi toda la familia decidió dormir en la sala ya que en los cuartos los ruidos de los estragos solo provocaban más miedo y ansiedad. Logré conseguir el sueño en horas de la madrugada, acostada en un colchón inflable en la sala junto a mi prima y su perrita.

El 21 de septiembre de 2017 abrí mis ojos alrededor de las 7:00 a. m. Decidí salir afuera rápido que me levanté para ver cómo estaba todo. Cuando salí vi todo a mi alrededor tan distinto a como estaba el día anterior. Descubrí casas que antes no se veían por los árboles, pero con la falta de ellos quedaban al descubierto. Algunas de ellas estaban destruidas, otras con partes afectadas, y las demás, la mayor parte de las casas de cemento, resultaron ilesas. Al instante, recordé las fotos que había visto en Facebook de las Antillas Menores afectadas por el huracán Irma. Aunque en el momento que las vi sentí mucha tristeza, ahora sentía gran dolor; dolor porque en Puerto Rico estábamos pasando por una situación similar. Enfrenté un sinnúmero de emociones y pensamientos al mismo tiempo. Pensaba en todos mis familiares y seres queridos que no estaban cerca de mí. Me preguntaba: “¿Cómo estará todo Puerto Rico?, ¿qué pasará de ahora en adelante?”.

Al rato, vecinos salían de sus casas expresando: “Este huracán tenía el demonio, destrozó todo”. También preguntaban si estaba todo bien y contaban sus experiencias

durante el temporal y los impactos del mismo. Más tarde, salí de la comunidad para ver qué había ocurrido fuera de ella. Además de ver daños en las casas y el tendido eléctrico, habían ocurrido desprendimientos de terrenos donde antes no ocurrían. Pero el impacto más sorprendente fue el desprendimiento de la carretera PR-111 en el barrio Hato Arriba de San Sebastián. Esta carretera principal llevaba años hundida en uno de sus carriles y ahora prácticamente había desaparecido.

A pesar de todo este desastre había un rayo de esperanza; este era transmitido por personas que inmediatamente salieron con sus machetes, carretillas y camiones para abrir caminos y limpiar los escombros. Al día siguiente, lo mismo ocurrió en mi casa y alrededores: personas de la misma comunidad y de otras formaron brigadas. El camino de mi casa quedó despejado en un dos por tres gracias a este acto de solidaridad y unidad.

Luego de estos primeros días de limpieza, la ansiedad de saber sobre el resto de mis familiares me acechaba. La angustia disminuyó cuando el cuñado de mi tía materna, quien vive en San Sebastián, llegó a mi casa anunciando que ella y su familia estaban bien, pero que no habían podido salir ya que había ocurrido un deslizamiento de terreno en la carretera frente a su casa. Nos enseñó fotos de cómo el camino quedó totalmente bloqueado por tierra, tanto así que tardaron alrededor de 12 horas en despejar el área con dos máquinas. También nos mostró fotos de lo que él vivió: varias de las casas cercanas se inundaron y tuvo que refugiarse a sus vecinos que se habían quedado en sus respectivas residencias, a pesar de la presencia de un río detrás sus casas. Más tarde, después de ir a ver a otros familiares y saber que estaban bien, encontramos una carta que uno de mis tíos paternos había dejado en las escaleras de mi casa. Esta decía: “María se llevó parte del techo de mi casa,

y Limón [sector donde vive] no se reconoce por los árboles que se cayeron, pero, lo importante es que estamos bien. Espero verlos pronto”. Después de todas estas emociones, me sentía alegre porque a pesar de las circunstancias, todos mis familiares se encontraban bien. En un momento dado, sin embargo, llegó a mi mente aquellas familias que viven en pueblos distantes o en otros países y todavía no habían tenido ningún método de comunicación para saber su estatus y, aun peor, esas que se encontraban atrapados e incomunicados en sus hogares. Solo de pensar en eso se me erizaba la piel y se me formaba un taco en la garganta.

La semana siguiente al paso del huracán fue la de largas filas para buscar gasolina y poder hacer funcionar por lo menos la nevera con una planta generadora de electricidad. Todas las gasolineras estaban llenas de personas, pero con limitadas cantidades de gasolina. En muchas de ellas las personas hasta dormían en sus carros sin tener la seguridad de que al otro día abrieran o hubiera gasolina. Algunas de estas personas pasaban la espera jugando dominó o conversando con otras personas. En mi caso, mi primera experiencia con la búsqueda de gasolina fue hacer una fila desde las 5:00 a. m. hasta casi las 10:00 a. m. para comprar cinco dólares de combustible. Luego de esta experiencia, le notificaron a mi padre que por ser empleado público le daban prioridad en las gasolineras. Desde ese momento, las filas para nosotros eran de tres horas o menos. Hubo ocasiones, sin embargo, que al llegar a la meta ya se había acabado la gasolina y regresábamos a casa con el galón vacío. Durante este tiempo, hubo rumores de que surgieron peleas, tiroteos y hasta amenazas a empleados en distintas gasolineras de Moca y San Sebastián. Afortunadamente, unas dos semanas después del paso de María, este asunto se normalizó por nuestra área.

Siempre había escuchado la frase “la necesidad es la madre de la invención”, pero nunca había pasado por una necesidad de esta dimensión; es decir, estar tanto tiempo sin agua potable. Las reservas de agua en casa de mi abuela y en mi casa se fueron acabando más rápido de lo que imaginamos, y no había señales de vida del servicio de acueductos. Por esta razón, la lluvia era como ver caer oro del cielo. Los recipientes plásticos que antes no se utilizaban, o eran desechados, ahora eran sagrados. Con el agua de lluvia mi familia y yo nos bañábamos afuera y llenábamos todos los embalses que luego utilizábamos para los baños, fregar, limpiar y lavar nuestra ropa. En caso de que pasaran días sin llover, buscábamos agua en un oasis que en ocasiones colocaban en nuestro barrio y en San Sebastián. También amistades y familiares a los que les regresó el servicio de agua en su hogar nos suplían de la misma. Hasta un tío nos facilitó lavar ropa a mano regalándonos una pileta; nuestra “nueva lavadora a la antigua”.

Sin duda alguna, el huracán María ha marcado la vida de todas las personas que lo vivimos. A pesar de que este fenómeno nos arrebató cosas materiales, causó muertes y cambió nuestro paisaje, también nos trajo cosas positivas: comunicación entre vecinos, muestras de solidaridad, compartir en familia, llevar a cabo actividades al aire libre, apreciar más lo que tenemos.

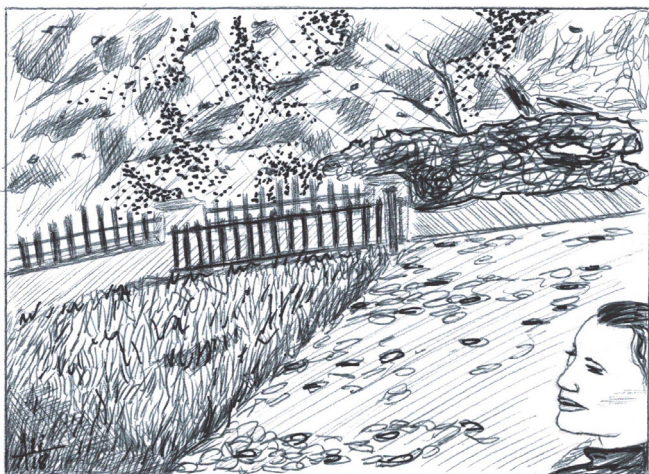
Antes del huracán, mis vecinos y yo casi nunca establecíamos conversación ya que teníamos como prioridad nuestras ocupaciones diarias. Luego de este acontecimiento, conversábamos constantemente para informarnos de lo que sucedía a nuestro alrededor y ofrecernos ayuda mutua. Al no tener que atender responsabilidades diarias como escuela y trabajo, ni tener electricidad, había que buscar la manera de pasar el tiempo y distraerse; claro está, luego de hacer los deberes del hogar. Los juegos de mesas, libro de

colorear, dibujar, tocar algún instrumento musical o simplemente dialogar en familia era la orden del día. Además, a causa de la falta de electricidad, y de señal de celulares e internet, los niños y jóvenes salían afuera a correr bicicleta y a practicar otros tipos de deportes. Esto normalmente no ocurría. Hasta yo tuve la oportunidad de correr bicicleta y visitar familiares de esta manera. En cuanto a las muestras de solidaridad, si no hubiese sido por las brigadas que las personas voluntariamente formaron, el proceso de despejar carreteras y caminos hubiese sido distinto y complicado, ya que las agencias correspondientes tenían otras prioridades.

“Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde”. Perder el servicio de agua y luz, los árboles, no poder utilizar la nevera ni la lavadora por falta de electricidad, entre otras cosas, nos enseñó a valorar lo que tenemos. La experiencia con María, además, nos puede ayudar a prepararnos mejor en un caso similar; María fue un recordatorio de que a pesar que hacía muchos años no habíamos experimentado un huracán de gran magnitud, no significa que no va a ocurrir fenómenos como esos. Con este acontecimiento histórico hemos adquirido nuevos conocimientos sobre qué hacer y qué no hacer antes, durante y después de un huracán. Además, nos convertiremos en portavoces para las futuras generaciones que puedan estar en una situación similar de no tener experiencia con un huracán de gran magnitud.

En resumen, esta experiencia es inolvidable. Todo lo que sucede antes, durante y después del temporal es difícil de concebir cuando no se ha vivido. Jamás imaginé cómo sería la furia y los impactos del fenómeno, como lo fueron la falta de recursos (agua, luz, alimentos), las largas filas, la falta de comunicación y el no saber qué pasará. Pero lo importante de todo esto es aprender a prepararnos mejor, adaptarnos a los nuevos cambios y enseñar a las personas que no han vivido un temporal como lo fue María.

MARÍA:
EL FENÓMENO QUE TOMÓ PERSONALIDAD Y CARÁCTER
Por: Isabella Cámara Torres



Expectación ante el desastre.

4 de diciembre de 2017
San Sebastián, Puerto Rico

EL HURACÁN MARÍA nos tomó a todos por sorpresa. Ninguno de nosotros imaginó lo que implicaba el impacto de un huracán categoría 4 o 5. Recuerdo como si fuese hoy que me encontraba el domingo antes del huracán en mi apartamento en Mayagüez. Estaba lista para reunirme con una compañera para estudiar para un examen que teníamos esa semana. Antes de llegar a la biblioteca, ambas sabíamos que no tendríamos clases ese lunes. A pesar de ello, y dada nuestra enajenación de lo que significaba el impacto de un huracán de tal magnitud, ignoramos dicho factor y decidimos continuar con nuestro plan de estudio. Tengo grabadas en mi mente las palabras que le dije a mi amiga: “Bueno, cancelaron las clases pero ya para el jueves o viernes retomaremos los trabajos de la universidad”. ¡Qué ingenua yo! Ambas apostábamos a que nada de lo que ocurriría sería grave y debíamos continuar estudiando para los exámenes que teníamos pautados para esa semana. Luego de terminar de estudiar, decidí quedarme en Mayagüez hasta el otro día, ya que soy natural de San Sebastián. Mis *housemates* y yo nos despedimos como

cualquier otro día con la seguridad de que solo sería un “sustito”, que nada nos pasaría y que nos veríamos dentro de un par de días.

Ese lunes antes del huracán me fui en pon con una de mis mejores amigas hacia nuestro Pepino, totalmente ingenuas de lo que dentro de unos días viviríamos. Los preparativos en mi hogar fueron mínimos; mi mamá estaba como en el limbo y no procesaba lo que pasaba. Quizás, al igual que muchos de nosotros, pensó que el huracán no vendría, por lo menos no como lo hizo. Esos dos días antes salimos al supermercado a comprar comida enlatada, agua, leche en caja, baterías y linternas; en fin, artículos de primera necesidad. Durante esos días me convertí en una fiel discípula de Ada Monzón y el canal 4. Para todos los boletines que pasaban yo estaba ahí, despierta, no importaba la hora, así podía conocer sobre la trayectoria de María e informarle a mi familia. Mi mamá y hermano me tenían un gran relajó por ello, me llamaban Ada Monzón. Con el paso de cada boletín mi familia y yo nos dimos cuenta de que era inevitable el impacto de este huracán por nuestra isla; ningún milagro nos salvaría. La ansiedad en mi casa aumentó; mi madre es la cabeza del hogar en la isla ya que mi papá vive en Estados Unidos. En las conversaciones entre vecinos y familiares que viven cerca se sentía la angustia e incertidumbre representativa de todo el pueblo de Puerto Rico. Nadie podía procesar por lo que íbamos a pasar. Así, llegó el día del huracán; ese 20 de septiembre será una de las fechas que formará parte de la historia de lo que es Puerto Rico. Pienso que la isla es un gran antes y después luego del paso de este huracán.

Recuerdo que me levanté ese miércoles lluvioso con la incertidumbre y esperanza de que los daños fuesen mínimos. Ese día me mantuve en constante comunicación con mi papá, abuela y amistades. Lo hice como medio preventi-

vo, porque jamás imaginé que las comunicaciones fallaran tanto como lo hicieron. El día antes, el 19 de septiembre, hice *facetime* con mi papá y me despedí como cualquier otro día que hablo con él; excepto que esta vez, al colgar, el sentimentalismo nos apoderó y comenzó el nerviosismo y la incertidumbre.

Para San Sebastián las lluvias y vientos se comenzaron a sentir a eso de las 8:30 a. m. Mi casa es un segundo piso así que los vientos se sentían creo que aun más fuertes. Solamente dos ventanas en la sala de mi casa tenían tormenteras. En el balcón hay una puerta de madera que retumbaba cada vez que el viento le daba, era impresionante. A las demás ventanas de mi casa no le pudimos poner tormenteras así que mi mamá decidió tratar el invento de las bolsas Glad para evitar que el agua entrara a la casa.

Durante esas primeras horas de recibir el impacto del huracán las emociones fueron muchas. Al principio me encontraba positiva y tranquila, y trataba de darle fortaleza a mi mamá y hermano. Mi mamá se encontraba en un estado de tensión y ansiedad bastante grande; sentimiento que aumentaba con la intensidad de los vientos y el pasar de las horas. Tengo que admitir que también sentí ansiedad. Asomarme por la ventana y ver una pared de lluvia que mi vista no podía atravesar para tan siquiera ver qué ocurría afuera me causó mucho miedo. La combinación del sonido de los vientos, la lluvia chocando contra las ventanas y los carros, sin mencionar ese sonido tan particular de cuando los árboles se partían y caían al piso, creó en mi cabeza muchas imágenes de destrucción. Sin embargo, nada me prepararía para lo que me esperaba.

A eso de la 1:30 p. m. llegó una calma; no sabíamos si salir o no. Lo primero que pensamos en nuestro desconocimiento fue: “¿Se habrá acabado todo?”. Decidimos esperar como 15 minutos y salir. No fuimos los únicos, todos los

vecinos estaban afuera, todos nos encontrábamos con las mismas interrogantes: “¿Qué está pasando?, ¿será que está pasando el ojo por nuestro pueblo?”. Luego de que pasara aproximadamente media hora nuestras interrogantes aumentaron. Nadie conseguía señal radial así que no conocíamos la trayectoria que María había tomado. Sí, ya no le llamo huracán, este fenómeno tomó carácter y ahora lo llamo por su nombre: María. Nuestro conocimiento era que normalmente el ojo de este fenómeno atmosférico tomaría unos 30 minutos en pasar. Ya este tiempo se había duplicado, así que nuestra incertidumbre fue mayor. La conversación de “¿qué está pasando?” pasó a un segundo plano cuando nos comenzamos a fijar en la destrucción ambiental en nuestros alrededores.

Los árboles en el piso cubrieron el patio de mi casa. Una montaña de tierra y barro al frente de mi casa colapsó tapando uno de los carriles de la carretera. El caño que pasa por la parte de atrás de la casa creció y aumentó su caudal, pero aún no representaba un peligro inminente. Nos percatamos de que nuestra calle se encontraba obstruida por árboles y bambúes en ambas direcciones, lo que llevó a varios vecinos y mi hermano a abrir el paso con machetes. Cuando los vientos comenzaron a intensificarse otra vez, cada cual cesó lo que estaba haciendo y ahí entendimos que esto solo comenzaba. ¡Quedaba María para rato! Cada uno volvió a sus casas y las miradas de incertidumbre volvieron a invadir nuestros rostros. En ese momento entendí que la trayectoria del huracán definitivamente había cambiado. En los pronósticos nunca se habló de que el ojo se sentiría por tanto tiempo en San Sebastián. Ahora el viento azotaba en otra dirección, con otra intensidad, los árboles comenzaron a danzar con otro ritmo y gracia. La fuerza de los vientos demostraba que María no había disminuido, ni en lo más mínimo, su intensidad. Por lo menos así lo sentíamos

nosotros. María tomaba más personalidad y carácter en su paso por la isla y en su paso por mi querido San Sebastián.

Luego de varias horas de lluvias imparables y vientos que se sentían como si la casa se fuera a ir volando, interalicé que esto se trataba de una catástrofe que marcaría nuestra isla y nuestras vidas de distintas maneras. Ya a eso de las 8:00 p. m. mi mamá se rindió y decidió acostarse a dormir. Para mí fue un alivio que se mantuviera en ese estado de calma. Me mantuve despierta hablando con mi hermano en la sala. Estábamos impresionados por todas las horas que había durado María y de su intensidad. Nosotros nos encontrábamos más tranquilos, hacíamos chistes acerca de la situación y tratábamos de mantener la calma; aun así seguíamos sorprendidos de todo.

El día luego del paso de María, ¡cómo olvidarlo! Todo mi entorno había cambiado, ya nada era igual que antes. Salir y ver los tendidos eléctricos en el piso, árboles, hojas, en fin, todo destrozado, fue impresionante. Al principio me llené de agradecimiento porque mi hogar y mi familia estaban bien. Luego me arropó la incertidumbre de cómo estarían los demás, cómo estaría mi pueblo, mi isla Boriquén. La devastación de María era evidente, también era evidente que mi isla nunca había pasado por algo así, al menos no recientemente.

Ese primer día pos-María no reaccioné, me encontraba en un estado de *shock*. El flujo de carros comenzó a aumentar desde tempranas horas de la mañana. La carretera frente de mi casa, la PR-125, se convirtió en la principal ya que al parecer la carretera principal había colapsado. ¡Cómo no hacerlo si acabábamos de ser golpeados por semejante monstruo! El flujo vehicular era grande. Prácticamente había solo un carril en la carretera 125, ya que el otro había sido obstruido por el deslizamiento de terreno. No podía entender cómo tanta gente decidió montarse en

su vehículo y salir de sus casas, creo que mi estado emocional no me lo permitió. A pesar de que sabía que no había comunicación alguna, y la preocupación por saber de mis seres queridos me acompañaba, no quería salir de mi hogar, al menos no en esas condiciones. Mi hermano y otros vecinos se dieron a la tarea de dirigir el tránsito, ya que las carreteras se encontraban llenas de fango y ramas. El resto de nosotros nos encontrábamos fuera, en la orilla de la carretera hablando con las personas en sus vehículos ya que el tránsito se movía lento, parao.

La cara de todos era la misma, estábamos como en el limbo, con los ojos perdidos y repitiendo la misma frase: “Esto estuvo brutal”. Mi mamá y vecina se encargaron de preguntarle a todo el mundo que pasaba si estaba bien o si necesitaba algo; parecían alcaldesas. El sentido del humor de todos estaba presente, los chistes de carro a carro eran inevitables; el boricua y su humor son otra cosa. A pesar de ello yo veía toda esta dinámica desde el exterior, me encontraba fuera de mi hogar y mirándolo todo; era una espectadora. Sentía que todo pasaba como en cámara lenta, como una película. Mi cuerpo estaba presente pero mi mente se encontraba en muchas partes. Cuántas preguntas no pasaron por mi mente; me acuerdo y pareciera como si hubiese sido una pesadilla, solo que esta vez era real. Me alegraba ver a la gente feliz y en movimiento, pero sabía que ninguno de nosotros conocía en realidad lo que había pasado. No todos podíamos estar tan tranquilos, no todos estábamos bien, no después de esto. Era claro que todos en sus carros iban dirigidos a ver a algún familiar o ser querido, pero no todos sabían con lo que se iban a encontrar. Esto nubló aún más mi pensamiento. A pesar de nuestro positivismo, no sabemos qué nos pasó, estábamos en movimiento en una cuerda floja.

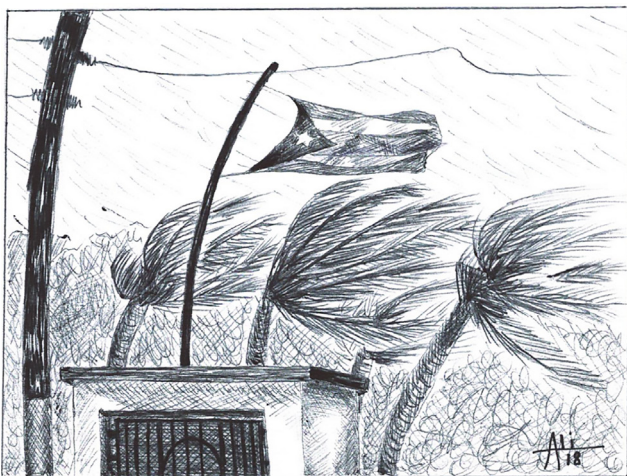
Los días comenzaron a transcurrir y fui “despertando”. Me encontraba más consciente de que nuestro destino, el de la isla, había cambiado en horas. Puerto Rico no sería el mismo de hace unas horas. Nuestra historia había cambiado de forma repentina. La destrucción era evidente entre las carreteras colapsadas, la pérdida de hogares, la falta de los servicios básicos, de comunicación, agua, luz; en fin, necesidad. El sentimiento de impotencia al ver a todo un pueblo padeciendo es increíble. En un abrir y cerrar de ojos nuestras vidas cambiaron y comenzamos un nuevo modo de supervivencia el cual no habíamos vivido. La precariedad nos tocó a todos, pobres y ricos, no importa la clase social. La falta de comunicación empeoró aún más la situación ya que por una semana o más la isla estuvo totalmente desconectada del exterior y entre nosotros mismos. Fuimos “borrados del mapa” por semanas. La semana que pude hablar con mi papá me di cuenta de lo importante que es la tecnología para nuestra sociedad. Cabe mencionar que todo esto que estoy relatando sigue siendo la realidad de Puerto Rico. A pesar de ello, no puedo decir que todos estamos pasando por necesidades aún, la realidad es que no. Aun así, sin embargo, los daños y las condiciones de vida en la cual se encuentran los residentes de muchos municipios de la isla son desastrosos. En mi pueblo, San Sebastián, todavía existen sectores que no tienen ni agua ni luz. Aun así siento que a pesar de ser un municipio mayormente rural, se encuentra dirigido por un buen alcalde el cual ha demostrado carácter de jefe y líder.

Ahora, luego de varios meses de haber sido azotados por uno de los huracanes más fuerte de la historia de Puerto Rico, nos toca atender la problemática, a todos, de una manera u otra. A pesar de que social y ambientalmente nuestra isla tardará en volver a ser la misma de antes —no podría decir cuánto tiempo— hay esperanza; itiene que haberla!

No creo en el *slogan* “Puerto Rico se levanta”, ya que la isla no se debe levantar sino cambiar y reinventarse. La isla acaba de pasar por un desastre histórico y es pertinente que todo lo que existirá pos-María cambie, desde nuestra forma de pensar y hacer las cosas, hasta nuestras instituciones gubernamentales. Puerto Rico cambió y seguirá cambiando luego de María.

PUERTO RICO SIEMPRE ESTUVO DE PIE

Por: Natasha Castillo Rivera



Resistiendo el temporal.

10 de noviembre de 2017
San Germán, Puerto Rico

RESULTA QUE SEMANAS ANTES del paso del huracán Irma por la costa norte de Puerto Rico, y gracias a mi querido amigo Emanuel —meteorólogo en la ciudad de Nueva York— comenzamos con los preparativos para la temporada de huracanes. “El ambiente se ve bien extraño”, nos dijo, y fue todo lo que necesitamos escuchar para que la reserva de agua, galletas Export Soda, salchichas y *corned beef* aumentaran a su capacidad doble. Sabiendo que no había mucha información sobre este sistema en formación, avisé a toda mi familia con la idea de continuar la preparación. Fue entonces cuando recibimos al huracán Irma que, aunque no afectó el área oeste directamente, igual nos tocaron un poco sus estragos. Estuvimos varios días sin luz, sin internet y sin servicio de celular, algo que para nosotros, por donde vivimos, es muy normal con un poco de lluvia; ¡imagínense con los vientos y lluvia de un temporal! Es entonces cuando comienza una serie de tormentas a organizarse; unas se alejan y otras se acercan peligrosamente. Una se acercó tanto que da comienzo a la “odisea del huracán María”.

Decido acostarme el martes, 19 de septiembre de 2017, pensando en que pudiese ser la última noche con abanico y con celular con carga *full*. Con ese pensamiento le digo a mi esposo que ponga a mi niña mayor, Stella, de dos años, en su cama a lo que él contesta: “desconozco por cuánto tiempo no tendremos televisor; vamos a quedarnos viendo películas un rato más”. Iris, mi otra chiquilla de 7 meses, estaba risueña con su dulce sonrisa sin saber a lo que nos íbamos a enfrentar. Ya a eso de la 1:10 a. m. del miércoles, 20 de septiembre de 2017, el Poblado Rosario del pueblo de San Germán estaba sin luz. Comenzaba también la cuenta final de estar sin agua, ya que nuestro acueducto requiere electricidad. Pero la familia Gill-Castillo estaba preparada con agua en todos los envases posibles dentro de la casa y, afuera, colectábamos toda el agua que caía del cielo.

Esas primeras horas de la madrugada tuvimos radio, pero ya no había señal de celular ni servicio de internet para saber qué pasaba fuera de nuestras cuatro paredes. Comienzan las horas más largas de mi vida. El miércoles, 20 de septiembre de 2017, entra el huracán María por el sureste de nuestra isla; su paso no parecía terminar. Estábamos tratando de trazar la ruta del huracán por Puerto Rico, pero después de las 11:00 a. m. ya no teníamos ni emisoras que escuchar. No estaban dando boletines de su trayectoria y comienzan las horas intensas del huracán. Pasando emisora tras emisora encontramos WKJB; el locutor muy emocionado dice: “Ya salió María de la isla, ya no sentiremos más vientos”. Eran alrededor de las 3:00 p. m. y finalmente teníamos algo de información, pero de igual forma comienza a aumentar la preocupación porque los vientos se intensificaban minuto a minuto en nuestra zona.

Notamos que comienza a entrar agua a nuestra casa, la cual es unos bajos con otra casa de madera y zinc en los altos. Al mismo tiempo, inicia la orquesta de madera y zinc

afuera de nuestras cuatro paredes. Pensamos que a la casa de los altos se le había ido el techo. La curiosidad era demasiada así que abrimos una ventana y observamos cómo la casa de la vecina perdía una de las planchas de zinc que protegía su vivienda. Minuto a minuto se intensificaban los vientos y arrancaban sin ninguna dificultad los pedazos de madera dejando sin techo cada una de las casas alrededor nuestro; dejándolas así, completamente desprotegidas y a merced de la fuerza de la naturaleza. Por gracia, la casa de los altos se mantuvo intacta, pero los vecinos luego nos describían cómo el viento la levantaba en una sola pieza. Pasó un tiempo sin que entráramos a la casa de los altos pensando en que podría colapsar.

Vamos a nuestro cuarto y notamos que el agua bajaba por todas partes; hasta por debajo de la pared salía agua. Con el intento malogrado de proteger nuestras pertenencias, nos topamos con el primer susto del huracán María; su ruido estremecedor. Ante dicha situación no pude contener las lágrimas. Destruía nuestras pertenencias afuera y adentro, nuestros automóviles, lavadora y secadora se estremecían por las feroces ráfagas que daban sin ninguna merced contra el metal. Nuestros colchones, ropa, papeles se enchumbaban mientras subía el agua. Nace uno de los peores sentimientos en esta tempestad: la impotencia, el no poder hacer nada para proteger lo nuestro. La naturaleza proclamaba su supremacía y yo quedaba diminuta en todo sentido de la palabra. Continuaban las ráfagas de viento, el zumbido entre los árboles, la madera y planchas de zinc; hacía mucho que no nos enfrentábamos a unos vientos de esta magnitud. Todo se despedía de lo que fue su morada por los últimos 19 años.

En fin, salimos de la casa para encontrarnos con una destrucción masiva que en ese momento no había como describirla. Comenzamos el conteo de los días sin comu-

nicaciones. Fuimos hasta los familiares más cercanos para saber qué sucedía; fue de gran alegría y alivio saber que todos estaban bien. Pero fuera de ese pueblito nuestro, no sabíamos de nadie más; de nada más. Comienzan los vecinos a organizarse para limpiar los caminos; movimos madera, movimos techos completos, cortamos árboles inmensos para poder salir al pueblo para saber qué proseguía. Para nuestra sorpresa nos tomó tres días lograrlo.

Luego de algunos días del paso de María, la radio y el Gobierno con sus famosos estribillos, comienzan a promocionar “Puerto Rico se levanta” como la consigna de dar aliento y de superar la terrible experiencia que habíamos pasado. Cansada de un estribillo quemado y poco cierto es porque mi escrito se titula “Puerto Rico siempre estuvo de pie”. En medio de la tempestad, nos mantuvimos alertas, pendientes a lo que estaba ocurriendo. En medio de los vientos, los árboles se mantuvieron de pie; aun sin sus hojas frondosas dieron la batalla contra las fuertes ráfagas de vientos. Casas que, aunque sin techo, sus cimientos y paredes se mantuvieron de pie para darle la posibilidad a sus dueños de reconstruir un hogar más seguro. Estuvimos de pie en filas de varias horas para conseguir agua, gasolina, comida y hielo. Estuvimos de pie para ayudar al necesitado. La batalla la dimos y fue de pie. Puerto Rico siempre estuvo enfrentándose al huracán, que más allá de fenómeno natural es también social.

MI PRIMER HURACÁN
Por: Abimael Castro Rivera



El camino donde se conocen "Destrucción" y "Angustia".

26 de octubre de 2017
Vega Baja, Puerto Rico

“**ESO NO VIENE NA**”. Esta es la típica frase boricua que se pronuncia cada año durante la temporada de huracanes. Hacían 19 años que un huracán intenso no entraba a Puerto Rico, periodo en el cual los sistemas ciclónicos tomaban otro rumbo o simplemente se disipaban en nuestra cercanía. Para algunos, esto era sinónimo de “bendición”, otros le agradecían al “tubo que chupa” o al Bosque Nacional El Yunque. Sin importar la razón con la cual se identifique, los puertorriqueños vivíamos en una burbuja. Si no hubiese sido por las imágenes impactantes del azote de Harvey, en Texas, y el paso cercano de Irma —hacía dos semanas— lo que estoy por contar hubiese sido peor.

Finalmente, había llegado el pico de la temporada de huracanes —agosto y septiembre de 2017—, periodo que, desafortunadamente, pasa desapercibido por la mayoría de los ciudadanos; esto, claro está, hasta este año. Para mí esos días representan una larga espera. Desde que descubrí lo asombroso que puede ser un ciclón, en septiembre del 2004 con la tormenta Jeanne y luego en agosto del 2011 con Irene, he estado anhelando la llegada de un sistema

mayor. Sí, esto contrasta totalmente cuando pienso en lo desafortunado que es un país desprotegido ante una amenaza natural, ipero sé separar e identificar cuán maravillosa es la naturaleza de la devastación! Precisamente, fue Jeanne el ciclón que despertó mi sueño de ser meteorólogo en los medios de comunicación. Aún en vías de estudio, he tenido la oportunidad de colaborar con algunas emisoras radiales del país y prensa digital en dichos temas, siendo Irene la primera tormenta en reportar.

Este año continuó como reportero de las condiciones del tiempo en varios medios, pero también me inicié en una investigación sobre eventos meteorológicos y geológicos del pasado. Estos trabajos canalizaban mis deseos y ansias ante la falta de una amenaza ciclónica. La pasión que siento hacia la meteorología es tal, que personalizo cada sistema tropical. Todos los sistemas ciclónicos, después de Irene, me habían dejado “plantado”, y hasta desilusionado. Incluso, pensé hasta mudarme a una zona más expuesta, como Filipinas. ¡Yo tenía que vivir esta experiencia!

Pasaba el mes de agosto sin “acción”, y a juzgar por los episodios de polvo del Sahara —que limitan o desfavorecen la formación de ciclones— pensé que este año volvería a sentir otra “desilusión meteorológica”. Llegó el 30 de agosto, momento en que surge un sistema con sospecha ciclónica que representaba amenaza para la región noreste del Caribe. Su movimiento de traslación era de muchísimo interés para mí por un inusual giro al oeste-suroeste, también por su intensidad. Nunca pensé que azotaría a Puerto Rico directamente, ipero a falta de pan, galleta! Fue fascinante tener a un “monstruo”, justo a mi norte, la noche del 6 de septiembre. Me refiero, en este caso, al huracán Irma. Disfruté observar sus efectos indirectos, pero a lo más que le saqué provecho fue a mi primera cobertura como reportero, en la calle, antes y después del paso de dicho sistema.

Precisamente, la mañana siguiente, el 7 de septiembre, me asignaron un recorrido por municipios del norte de Puerto Rico, entre Dorado y Manatí, para documentar los daños. Mi padre me acompañaba; decidimos detenernos en casa de mi tía para tomar refrigerios y aproveché para invitarles a dar una vuelta por la costa de Vega Baja. Entrevisté a ciudadanos del área, retraté algunos de los daños y adquirí nuevas ideas para futuros proyectos. Todo esto aumentó aún más mi ilusión y ansias por experimentar un sistema de forma directa. En el camino le mencioné a mi familia que según el modelo europeo (ECMWF) se estaba desarrollando otro ciclón que en dos semanas podría estar en ruta hacia el Caribe. Mi tía y los primos reaccionaron preocupados, mi padre lo tomó a relajo. Esta información solo la podía compartir con ellos, pues además del margen de error que poseen pronósticos a dos semanas, había ciudadanos afectados por el paso cercano de Irma y esto añadiría aún más ansiedad de la que ya podrían tener. Así pues, y aunque pertinente, consideraba irresponsable emitir esta información con mis seguidores en las redes sociales y radioescuchas. Opté por esperar un consenso del resto de los modelos, a pesar de la credibilidad que tiene el europeo.

Una semana después —el 14 de septiembre— el modelo europeo continuaba mostrando un ciclón en el área para el 20 del mes corriente, mientras que el americano (GFS) vislumbraba un sistema más débil para el día 19. ¡Era el momento de comenzar a hablar de posibles escenarios! Para ese entonces, ya el Centro Nacional de Huracanes (CNH) observaba dos ondas tropicales con potencial ciclónico. Una de ellas, recién salida de África (longitud 10° O), no era de interés para el Caribe, pero la que estaba en la longitud 30° O era de sumo interés. Ambos sistemas “se debatían” por los nombres de Lee y María. Resulta que la más cercana al continente africano se desarrolló primero, el 15 de septiembre, así que fue nombrada como Lee.

Un día más tarde, en la mañana del sábado 16, el CNH clasifica a la otra onda como el “ciclón potencial #15”, un nuevo mecanismo de alerta de la agencia que busca poner inmediatez a los preparativos. Desde ese primer boletín, a las 11:00 a. m., el pronóstico para mí significaba “se acabó mi espera”. La agencia colocaba al sistema como huracán categoría 1 sobre Puerto Rico el jueves 21 de septiembre. La tarde del mismo día ya se hablaba de un huracán mayor, categoría 3, sobre la isla. Mis emociones crecían como espuma, pero también temía que “mi gran huracán” se convirtiera en “mi gran desilusión”, la más grande vivida. ¡No podía evitar dejar atrás ese temor, aun cuando había un consenso, casi total, de un azote directo!

Ese fin de semana estaba en Mayagüez, la ciudad que me ha adoptado en lo que curso mi bachillerato. Estuve en constante comunicación con la profesora Tania del Mar López Marrero, con quién trabajo en investigaciones sobre estos temas. Incluso, cuestionamos y debatimos las decisiones que tomó el Gobierno sobre la suspensión de clases a tres días del azote del huracán. En fin, nos acoplamos y organizamos para realizar los preparativos pertinentes, incluyendo llevar a cabo los preparativos necesarios en nuestra sede de investigación, el Centro Interdisciplinario de Estudios del Litoral. Nos reunimos el lunes para salvaguardar la propiedad del centro de estudio y luego fuimos por un café. En ese entonces seguíamos discutiendo los boletines de María, el impacto que tendría en la isla, el rol de nuestro trabajo y, claro, sobre la llegada de “mi momento”. Posteriormente, partí hacia mi pueblo, Vega Baja. Durante el resto del día continué redactando reportajes y observando el comportamiento del fenómeno. Decidí que esa noche era la de descanso total, pues necesitaba energía para lo que venía.

El martes, 19 de septiembre, a solo 24 horas del azote, revisamos qué hacía falta en mi hogar y en la casa de mis

abuelos. Fue algo breve, pues mi tiempo estaba totalmente comprometido con diferentes emisoras, como WIAC 740 AM, WPRA 990 AM y Z 93 FM. Así transcurrió el día y la tarde. Ningún modelo vislumbraba “una bendición”, “un tubo que chupa” o “el milagro de El Yunque”. María venía dando brincos desde el lunes en la noche, cuando cruzó a Dominica, y aún en ese entonces seguía con ese movimiento errático. Yo necesitaba que quedara al sur de Santa Cruz para confirmar lo que estaba por ocurrir, ¡es que había vivido tantas desilusiones!

Eran las 10:28 p. m. del martes. No podía creer que al fin viviría un huracán... ¡y qué huracán! El ojo de María pasaba al sur de la isla de Santa Cruz, ¡y no solo eso!, ya los vientos aumentaban sobre nuestra isla y el servicio de energía eléctrica se había interrumpido. ¡No había remedio! Algunos seguidores, a solo 8 horas del azote de un poderoso huracán categoría 4, aún me preguntaban si podía cambiar. Yo les respondía: “Ya no importa qué pase, toda la isla se verá afectada”. Mientras tanto, escribía el último reportaje del día, a las 11:00 p. m. Tenía una mezcla de sentimientos, ganas de llorar y alegría simultáneamente; un sentimiento que solo un apasionado por la meteorología puede manifestar. Una vez publicado el reportaje, al observar la imagen del satélite, solo opté por asegurarme de que quienes me siguen en las redes sociales estuviesen preparados física y mentalmente para lo que venía. Fue un escrito mucho más personal, que en cierto modo tenía un toque de despedida.

Llegó la madrugada del tan esperado día, el día que experimentaríamos el primer huracán de mi vida. Gran parte de la madrugada estuve mirando por la ventana, o más bien, recibiendo las primeras lluvias y ráfagas de María. Mi abuela y papá optaron por dormir, mi hermana y mi madre me acompañaron reconociendo lo importante que era este

evento para mí. Mi abuela tosía y fuimos a medicarla antes de que empeorara; considerando lo que estaba por ocurrir, todo podía complicarse. Ella forma parte del grupo que pensaba que no venía el huracán. Media dormida, mientras le aplicábamos Vicks, dijo: “¿Ya pasó el huracán? ¡Si yo no he escuchado nada!”. Nos echamos a reír y luego le dije: “Esto apenas comienza, abuela, el huracán llega mañana”.

A las 5:00 a. m. realicé el último reportaje que se me hizo posible. En ese momento sentía pena y angustia por aquellos que no creyeron en la amenaza o se burlaron de quienes advertíamos sobre el huracán. De igual forma, envié un último mensaje a mis familiares, a quienes mantuve informados a través de un *chat* grupal. Ya no podía hacer nada. María estaba a punto de hacer entrada por el sureste de Puerto Rico con vientos de 155 mph.

Ya a las 6:00 a. m. todos estábamos despiertos y a oscuras. Desde ese entonces, el tiempo empeoró por un periodo de 12 horas. Ya a las 6:17 a. m. había amanecido, así que estuve grabando lo que acontecía desde mi balcón, que se compone de puertas de cristal y estaban desprotegidas. Sí, muy mal por mi parte, pero necesitaba ver y “disfrutar” del evento. A las 7:39 a. m. mi emoción se transformó en ira, pues una persona irresponsable había dejado a un perro amarrado en el exterior y en pleno huracán. Ya a las 8:00 a. m. los vientos habían derrumbado árboles y desmantelado casas y ranchos. ¡Qué triste!, pero a la misma vez qué brutal se escuchaba y se sentía el viento; parecía una turbina de avión.

A las 10:22 a. m. ya la tristeza pudo más que la alegría y comencé a llorar. Lloré por el perro, por los que estaban en la calle, por mi gente y por lo que veía. Ya todo estaba destruido. Había entrado una llamada de mi primo desde Estados Unidos. Allí se comenzaban a publicar imágenes de la catástrofe que estaba generando María y noticias sobre

la pérdida de comunicaciones y un sinnúmero de emergencias que se presentaban; por eso llamó. A penas hablé con él, solo le dije: “Estamos bien, y nuestros abuelos también”. A todas estas, no dejaba de grabar. Mi familia también observaba el evento, pero desde la ventana de mi habitación.

Una hora más tarde, a eso de las 11:30 a. m., tuve que detener la grabación porque el cristal de la puerta del balcón comenzó a astillarse, además mi cuarto se estaba mojado. Así que, nos movilizamos allí para atender la situación. También era donde único se escuchaba el radio, a duras penas. De todas formas, no le presté mucha atención a la transmisión de radio porque solo se quedaban concentrados en el área Metropolitana; sentía además que lo que se estaba viviendo era el pico del evento y pasaba desapercibido para los reporteros. En innumerables ocasiones intentaba obtener conexión de internet para poder ver y transmitir lo que verdaderamente ocurría. Tras intentos fallidos, me mantuve observando la manifestación impresionante de los vientos, que sacudía autos, antenas de cable, postes y despojaba a los árboles de sus hojas.

Cayó la tarde y pudimos salir. Solo de ver la destrucción que produjo María en mi área, una urbanización, podía imaginar lo que había pasado en el país. Desde ese entonces me sentía impotente. No tenía manera de comunicarme con mis familiares, amigos y seguidores, a quienes siento que fallé, aunque no tengo culpa de lo ocurrido. De hecho, muchas veces mi abuelo, maestros y otros me hacían querer ver como ignorante y egoísta al desear un huracán, pero en ningún momento me sentí así. *iHello!*, vivimos en el trópico, aquí solo había un grupo de ignorantes, no un individuo.

Al día siguiente, intentamos llegar a la casa de mis abuelos, también residentes de Vega Baja, pero en un sector montañoso del municipio. Todo lucía devastado. El camino

estaba totalmente intransitable y la ruta alterna que podría llevarnos hasta su hogar, a través de Morovis, estaba igual de imposibilitada. Había una destrucción masiva que me generaba angustia. Lo que se observaba, y el sentimiento que causaba, era tal que parecía un acto vandálico de dos personajes de maldad: “Destrucción” y “Angustia”. Nos hacía preguntar si habíamos sido afectados por una bomba, o por un huracán.

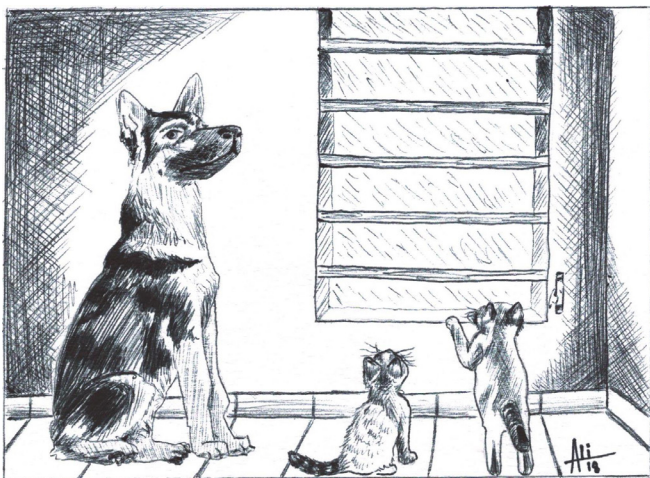
Pasaron dos días después del huracán hasta que pude tener contacto personal con el primer grupo de familiares extendido, mis tíos y primos, quienes me acompañaron en la documentación de daños producidos por Irma. Desde ese entonces, nos dejábamos mensajes unos con otros, por si alguno de nosotros lograba comunicación con el resto de los familiares, que era de lo más importante para mí.

La interrupción del servicio de energía eléctrica ya era de esperarse. Al menos no tuve mayores problemas con el servicio de agua, ya que mi urbanización cuenta con cisterna y gozaba de este recurso por un periodo de dos horas al día. Hubo otras cosas, sin embargo, que se me hacían difícil adaptar. Tener que bañarme con agua fría, por ejemplo, fue de lo peor. ¡Ni hablar de tomarse las cosas caliente! ¡¿Qué me dices de dormir sin abanico y con el zumbido de los mosquitos?! Y aún quedaba más, el celular solo sirve para saber la hora y para alumbrar. ¿Era esto lo que tanto había deseado? A casi una semana, ya teníamos que salir a comprar alimentos y a echar gasolina. Yo no quería salir, afuera todo era un caos. Odio esperar. ¡Ja! Al que no le gusta el caldo... ¡Cuántas filas tuve que hacer! Algunas de ellas sin conseguir nada a cambio.

Ahora, a un mes de María, nada ha cambiado. No tengo luz, el volumen de agua en la cisterna en mi urbanización está por agotarse y tampoco tengo señal en mi teléfono. Lo mejor ha sido que todos mis familiares y amistades están

bien... Pasé por la experiencia de lavar ropa a tabla, cosa que me agradó más de lo que pensé; y seguimos cocinando en una pequeña estufa de gas que conseguí el día antes del huracán Irma. Visitamos esporádicamente a mis familiares. Mi abuela —la de la tos— no quiere saber de María y dice: “Nunca me olvidaré de este huracán”. Por otro lado, mi abuelo, algo enojado, me pregunta si todavía quiero un huracán, a lo que respondí: “Ahora, a un mes de María, nada ha cambiado”.

HURACÁN MARÍA:
UNA PRUEBA DE PACIENCIA, SOLIDARIDAD Y RESILIENCIA
Por: Heidy B. Colón Rodríguez



El huracán desde la ventana.

8 de enero de 2018
Mayagüez, Puerto Rico

LA EXPERIENCIA DEL HURACÁN MARÍA fue una bien intensa desde diferentes ámbitos. Nunca hubiese imaginado cuánta devastación un ciclón podría haber causado en la isla, ya que era mi primera vez presenciando un desastre de tal magnitud. Mucha de mi preparación previa al ciclón fue hecha por la preocupación asociada al paso del huracán Irma unas dos semanas atrás; su desvío nos causó alivio y a la vez alimentó el pensamiento de que con el huracán María iba a ocurrir lo mismo. De todos modos, mi pareja y yo decidimos pasar el huracán María con nuestras mascotas en mi apartamento ya que no tenía muchas ventanas; solamente la sala y comedor tienen un set de ventanas. Así pues, pensamos que era el lugar más seguro para sobrellevar los vientos, además de ser un lugar menos propenso a inundaciones. Guardamos la mayoría de las provisiones que habíamos comprado para Irma, acompañados de una neverita provisional con todos los últimos refrigerios que pensábamos consumir antes de que se dañaran.

Desde el día antes del paso de María sentíamos una ansiedad colectiva que nos arrojaba de igual forma. En las

redes sociales se compartían los videos puntuales de la meteoróloga Ada Monzón, que, con cada avance de la tormenta, se le notaba cada vez más su inevitable temor hacia lo que nos iba a tocar. Nuestras familias, la mía siendo de San Germán y la de mi novio de San Juan, ambas confesaban un gran pánico y nos querían con ellos en nuestros respectivos pueblos. Nosotros aun así decidimos quedarnos en Mayagüez, ya que no había un espacio seguro para el Pastor Alemán de mi novio y para mis dos gatos, y también por la preocupación que teníamos sobre algunas amistades que se quedaron en sus apartamentos solos por sus familias estar fuera de la isla.

Esa noche, justo cuando empezaron las ráfagas, se fue la luz. Solo había un poste encendido que iluminaba toda la lluvia que las ráfagas empujaban hacia el lado con una furia inimaginable. Observábamos todo desde las únicas ventanas de mi apartamento. Nuestro ambiente en ese momento era un poco caótico ya que mis gatos nunca habían confraternizado con un perro tan grande y curioso como lo es el Pastor Alemán y viceversa; tratábamos lo más posible para que no se hicieran daño y se ignoraran mutuamente. Por otra parte, el sonido fuertísimo de los vientos y todos los plafones de zinc derrumbándose de los edificios vecinos constituyó nuestro *soundtrack* de la noche. Todo esto me mantenía despierta, hasta que me quedé dormida por el frío que trajo el diluvio en la noche.

El Puerto Rico que vi al despertarme el próximo día era irreconocible. Frente a mi apartamento hay una gasolinera Shell, y sus letreros y techos de aluminio volaron hasta el pasillo de la entrada de mi apartamento. En el estacionamiento había infinitos plafones de zinc del Museo Pablo Casals —el edificio vecino— los cuales también trajeron clavos gigantescos y mohosos por todo el piso. Decidimos caminar por algunas de las calles del pueblo, vimos mu-

chos árboles, cables y postes caídos en los alrededores. Las aceras estaban peligrosas con tantos cristales de ventanas rotas y cables caídos en charcos de agua. La gente caminando como yo estaba perpleja, confundida y hasta un poco melancólica.

Los días que siguieron al paso de María fueron una prueba de paciencia, resiliencia y solidaridad. El primer amigo con el que logré reencontrarme fue mi mejor amigo, quien pasó el huracán solo en su apartamento en Miradero. Un día, como a las 10:00 p. m., una persona comenzó a gritar mi nombre por la entrada del apartamento. Fui a ver quién era pues me extrañaba que alguien estuviera por ahí luego del toque de queda. Reencontrarnos luego de que todas las comunicaciones colapsaran se sintió como un milagro hecho realidad. Los próximos días nos mantuvimos visitándolo constantemente en Miradero, y llegar cada vez se sintió como una gran misión, por todos los árboles caídos que imposibilitaban la vía hacia allá. Él tiene estufa de gas, así que pudimos cocinar las últimas carnes refrigeradas que nos quedaban y los días que pasaron luego cocinábamos arroz, habichuelas, algunas carnes enlatadas y demás.

Entre esos primeros días luego del huracán, también ayudamos a un amigo con una recogida de escombros que se acumularon en su patio. El patio tenía un árbol de café ornamental, algunas matas de plátano, un huerto casero de especias y una enredadera masiva de parcha. Lo único que sobrevivió de todo eso fue la enredadera de parcha, sorprendentemente. Luego de recoger todos los escombros entre nuestros amigos y los vecinos del complejo, compartimos en grupo un café que hicimos en una greca en el mini *grill*. Llegó la noche y seguimos conversando, admirando también la noche estrellada que nunca se ve en el pueblo de Mayagüez por causa de la contaminación lumínica. Nosotros, algunos conocidos y otros desconocidos, hicimos

costumbre de siempre encontrarnos en algún punto del día en el patio de nuestro amigo para mantenernos al tanto de todo lo que ocurría con las comunicaciones, el Colegio, cocinar y sobre todo para hacernos compañía durante ese tiempo de gran adversidad. De ahí hicimos más amistades genuinas y aprendimos muchas cosas de *camping*, cocinamos arroz mamposteo en el *grill* y nos hablábamos sobre nuestros sueños y lo que aspiramos a ser.

No cabe duda de que los ámbitos de preocupación sobre lo ocurrido se manifestaron en diversas maneras. No tenía agua ni luz, al ser artesana no tenía empleo que valiese en ese momento, y no supe nada sobre mi familia por más de una semana. Por un lado, mi pensamiento sociológico sobre la situación se agravó por los elementos catastróficos que María tuvo en nuestra economía, plan fiscal y ambiente ecológico. Este evento aceleró el deslumbramiento de la crisis humanitaria que la isla ha de manifestar por causa de la corrupción y malas decisiones burocráticas que afectan la situación económica, ambiental y social. También se vio claramente la relación colonial y de desventaja que tenemos con Estados Unidos, al Trump venir aquí y decir que este desastre “has thrown his budget out of whack”. Todo esto rondaba mi cabeza a la vez que me preguntaba a mí misma si la isla tenía algo que ofrecerme al final de cuentas, si de veras voy a florecer como quiero aquí o si tuviese que comenzar a realizar planes hacia otro rumbo que de verdad me llene más.

Cuando pude visitar a mi familia en San Germán, fue un momento de gran regocijo. Visitar a mi abuela y verla cocinar arroz con gandules en una hornilla provisional de gas me llenó de alegría. A pesar de toda la adversidad, pasé por muchos retos que afortunadamente pude sobrepasar con la ayuda de las personas que me rodeaban. De igual manera, pude ayudarlos a ellos en sus situaciones particulares. Sin

un teléfono accesible, salió a flote quiénes son las personas que realmente están para ti no importa la situación. También tuve mucho tiempo para pensar sobre mi propósito, sobre cuánto Puerto Rico verdaderamente necesita levantarse, y no solo repetir un *slogan* que trate de relajar a la sociedad para que se acostumbre a la atrocidad de nuestros alrededores que surgió luego de María. Mientras que todos los días surgen situaciones difíciles sobre nuestro futuro económico y político que permanece incierto, muchos proyectos de autogestión económica, energía sustentable y de turismo me vienen a la mente; proyectos que podríamos comenzar a implantar ya que hemos tenido que empezar desde cero. Solo sé que nunca me olvidaré de la experiencia multifacética que me tocó vivir y que marcará la historia de Puerto Rico.

MI SANTA CLARA
Por: Isabel A. Escalera García



El disturbio, el efecto y el inicio del cambio.

2 de noviembre de 2017
Ceiba, Puerto Rico

UN 6 DE SEPTIEMBRE DE 2017 la llegada del huracán categoría 5, Irma, al Atlántico fue solo una preparación para lo que se avecinaba en Puerto Rico. Los terribles daños que ocurrieron en las Antillas Menores fueron una gran señal de cuán vulnerables podemos ser todos y que pocos puer-torriqueños pudieron percibir.

El domingo 17 de septiembre de 2017 me encontraba en mi hospedaje en Mayagüez; lugar donde estudio mi bachillerato. Desperté temprano, fui a la iglesia y esperaba con incertidumbre la suspensión de clases en la Universidad dado el aviso del huracán María, dos semanas luego del paso del huracán Irma al norte de Puerto Rico. Eran las 12:30 p. m. y la angustia aumentaba porque me era inevitable pensar en mi familia y por querer ir a preparar nuestra casa para la llegada del huracán. Una vez lo confirmaron, comencé a recoger las cosas de mi hospedaje y a guardarlas en lugares más “seguros”. Miré el teléfono y noté que predecían que el ojo de María pasaría cerca de mi casa en Ceiba. La angustia aumentaba cada vez más. Mis pensamientos estaban en los agricultores y sus cosechas,

en las personas sin hogar, en los animales, en mi familia. Cuando emprendí mi viaje de Mayagüez a Ceiba, pensaba en lo sensible que estaba todo en la isla luego del paso tan cercano del huracán Irma y cuánto nos afectaríamos con el nuevo fenómeno.

Una vez llegué a la pequeña urbanización en la que vivo —cansada por el viaje, como de costumbre— salí con mi hermana a comprar algunas linternas, velas, comida enlatada, comida para mi perro y seis galones de agua para mi casa pensando que eso sería suficiente. Al siguiente día, pudimos llenar los tanques de gasolina de uno de los vehículos y volvimos a poner las tormenteras —paneles de madera, a decir verdad— en las ventanas de mi casa de cemento; las mismas tormenteras que habíamos quitado hacía trece días. Llegó la tarde del 19 de septiembre y creíamos tener todo preparado: bolsas con agua congelada en el congelador, tormenteras instaladas, piscina casi sin agua, carros alineados, perro dentro de la casa y a Ada Monzón informándonos la trayectoria del huracán por medio de Facebook Live. A mi hermana, angustiada por su trabajo de tercer turno en la industria, le aconsejamos ausentarse ya que el huracán se estaba acercando y no debía arriesgar su vida. Quedarse en la casa fue la mejor decisión, pues las ráfagas comenzaron a sentirse en Ceiba desde las 8:50 p. m. y desde entonces nos quedamos sin electricidad.

Mi madre —llamada María— estaba muy nerviosa antes, durante y después del huracán “María”. Ella rezaba los Ave “María” mientras le echaba un ojo a la casa para asegurarse de que todo estuviese bien; pues le era inevitable pensar en los recuerdos de Hugo y Georges. De más está decir que no pudimos dormir en toda la noche a causa de las dos “Marías” del momento: mi madre y el huracán. La excepción fue mi hermanito, de 12 años, que dormía comodísimo en el cuarto de mis padres. Toda la noche luchamos

con la puerta de vidrio de mi casa pues no logramos instalarle paneles de madera, ¡grave error! Sentíamos que la puerta iba a explotar. El viento la empujaba con muchísima fuerza, como si hubiese una persona gigante tratando de entrar a la casa y mi papá, por otro lado, luchando para que no se abriera. Era desesperante saber que si no lográbamos controlar la puerta podría causar una desgracia. Nunca en mi vida había sentido tanto terror. Luego, mi papá amarró una escalera horizontalmente en la puerta y movimos los muebles hacia la misma. Eso calmó un poco el movimiento, pero no estábamos del todo tranquilos. Decidimos entrar al cuarto de mis padres en busca de seguridad y si la situación empeoraba planificamos salvaguardarnos en el baño de la casa. La comunicación en mi familia fue bastante efectiva en ese momento a pesar de los nervios que presentábamos.

A las 4:00 a. m. perdimos la señal telefónica completamente. En ese momento también comenzó a desbordarse la piscina de mi casa. En menos de un abrir y cerrar de ojos el agua entró por la puerta trasera ocupando unas 4 pulgadas dentro de la casa. Intentamos sacar el agua pero era inútil. Me preguntaba: ¿es posible que mi lugar seguro se vuelva vulnerable? El agua continuaba entrando cuando notamos que el desagüe que impedía que pasara eso se había tapado. No podíamos hacer nada hasta que los vientos cesaran. Decidimos colocar las sillas y equipos electrónicos sobre las mesas para que no se dañaran. A las 5:00 a. m. fue cuando más fuerte se sintieron los vientos. El dolor en los oídos por la presión dentro de la casa, las ventanas y paredes temblando constantemente y el sonido del viento me causaron un miedo inmenso. Eran las 6:00 a. m. cuando levantamos a mi hermanito para que viera lo que era un huracán. Sorprendentemente, le resultó hasta divertido... ¡niño al fin!

Ya a las 11:00 a. m. pudimos abrir las puertas de la casa para comenzar a sacar agua, pero aún se presentaban vien-

tos leves. Lo primero que observé al salir de mi casa fueron los árboles y las montañas... parecía que había caído una bomba. Estuvimos varias horas limpiando la casa, que por vivir cerca de la playa encontramos mucha arena y sal hasta en las ventanas. Estábamos sorprendidos con los estragos que hizo el huracán en la urbanización. Los vecinos salían confirmando que estaban bien. Mi papá ayudó a remover una palma real que se le había caído a nuestra vecina y le impedía salir de su casa. Ese día no teníamos señal telefónica, ni luz, ni agua. No salimos de nuestra urbanización hasta el próximo día porque pensábamos que era un poco arriesgado aún. Fuera de la urbanización se habían caído la mayoría de los postes con el tendido eléctrico. Sin embargo, nos encontrábamos preocupados por mis abuelos, mis tíos y demás familiares y amistades; de ellos no sabíamos nada.

Dos días después del huracán, fuimos a visitar a mis abuelos que viven en Carolina y en Loíza. Como era de esperarse, viajar fue una de las experiencias más escalofriantes: casas de madera destruidas, postes de cemento en el piso, El Yunque irreconocible. Miraba todo a mi alrededor y pensaba: “Borinquen verde, te añoro”. Recuerdo que justo frente a Villas de Loíza tuvimos que conducir en contra del tránsito debido a los postes caídos en la carretera. Llegamos a la casa de mis abuelos. Ellos estaban bien. Nos contaban cómo lo pasaron con mucho miedo pero más tranquilos que yo. Tenía curiosidad y les pregunté si pensaban que habían vivido un huracán más fuerte que este, como por ejemplo Santa Clara —que tuvo una trayectoria similar a la de María y fue el primero que mis abuelos vivieron— a lo que me respondieron: “Este ha sido el peor”. El huracán Santa Clara impactó a Puerto Rico directamente el 11 de agosto de 1956. En aquel tiempo los puertorriqueños no necesariamente estaban preparados para recibir dicho

huracán ya que hacía más de veinte años que la isla no recibía un huracán importante; la historia se repitió luego de más de seis décadas. De regreso a Ceiba, intentamos entrar a El Yunque para visitar a una amiga de la familia, pero no había acceso. Mientras, yo tomaba fotos de mi lugar favorito, ahora totalmente destruido, pero sabiendo que, gracias a su lucha, María no se comportó peor y que prontamente reverdecerá.

Luego de dos semanas intensas, las filas se habían vuelto parte de nuestra rutina. Todos los días, hombres y mujeres esperaban cuanto fuera necesario en una fila en busca de hielo, gasolina, dinero o comestibles. Yo fui víctima de todas esas filas. Recuerdo que hice una fila de 26 horas para echar 10 dólares de gasolina —que era el límite por persona— para que mi hermana pudiese ir a trabajar. Mi mamá, mi papá y yo nos relevábamos cada 2 a 3 horas. Uno llegaba en bicicleta para quedarse en la fila bajo el sol y el otro regresaba en bicicleta para la casa y así lo logramos. Tooodos los días hacíamos una fila distinta; se escuchaban vivencias de las personas durante el huracán, informes de cuál municipio estaba mejor o peor, dónde podíamos conseguir señal telefónica, en fin... era como estar escuchando Noticentro en las filas. Y así iban pasando los días, con la incertidumbre de si esa sería la última fila en el supermercado que haríamos en mucho tiempo si llegaba a acabarse el diésel.

Una de las cosas que me ha dado tranquilidad es ver la antigua Base Naval Roosevelt Road operando. Los militares están en todos lados desde el primer día brindando mucha ayuda por medio de sus helicópteros, aviones y camiones. Un día llegaron más de 30 camiones de gasolina para la base. Tuve la oportunidad de entrar a la base, aun con el acceso estricto y limitado, ya que comencé a ayudar a mi vecina —quien se quedó sin trabajo tras el paso del huracán—

cán— a vender almuerzos a los militares de lunes a viernes. No niego que fue esperanzador ver que Puerto Rico estaba y está recibiendo ayuda.

Hoy, 43 días después del huracán María, aún se sigue sin señal telefónica en la mayor parte de Puerto Rico, sin electricidad en Ceiba, con dificultad para conseguir galones de agua y todavía haciendo filas —aunque más cortas— para hacer compras en los supermercados y echar gasolina. Pienso, sin embargo, que este huracán fue de gran enseñanza. Muchas cosas positivas puedo extraer de este fenómeno que nunca olvidaré: ver niños jugando en la calle, compartir y conocer a los vecinos y desarrollar un lazo de unidad en nuestra comunidad ha sido de gran ayuda y esperanza para todos. Aprendimos a aferrarnos más a los momentos y menos a las cosas materiales y entendimos que en la sencillez somos más felices. Me pareció una excelente oportunidad para que esta generación tecnológica entendiera que mojarse bajo la lluvia, caerse, pelarse la rodilla y crear más experiencias humanas y sociales es lo que precisamente nos hace más fuertes.

En estos días me he dado la tarea de observar los árboles con el alma, más que con los ojos. Sonrío. Reverdecen. Casi imperceptibles, vuelven a echar hojitas. Analogía perfecta. Así, poco a poco, recobro esperanza... o hago lo posible por no perderla, a decir verdad.

UN HURACÁN EN EL CAMPO DE PONCE

Por: Mariangeli Echevarría Ramos



El destrozo de lo material mas no de los recuerdos.

11 de diciembre de 2017
Ponce, Puerto Rico

DESDE QUE TENGO USO DE MEMORIA había escuchado en mi familia las anécdotas del paso del huracán Georges en el 1998. Para ese entonces tan solo tenía un año de nacida por lo que no tengo ni un mínimo recuerdo de lo sucedido. Solo me habían acompañado durante todo este tiempo las historias de mi mamá diciéndome cómo prácticamente huimos del campo de Ponce a casa de mi abuela en la ciudad para resguardarnos de los embates de dicho huracán. También de cómo el servicio de energía eléctrica no regresó hasta unos cuatro meses después del temporal. Siempre escuchaba atentamente y veía la preocupación de mi mamá cuando anunciaban en las noticias que se estaba formando un huracán en las aguas tropicales. En mi caso, y siendo honesta, no siempre me sentía tan preocupada ya que estos fenómenos en formación terminaban tomando una ruta que no incluía la isla.

Fue el domingo antes, y nuevamente por medio de mi mamá, que me enteré de que el huracán María venía hacia la isla. Sucumbida en mi vida cotidiana universitaria no había prestado atención a las noticias y no tenía ningún cono-

cimiento sobre el mismo. Esto también se debió a que una semana antes habíamos estado ante la amenaza del huracán Irma; no pensé que tan pronto estarían anunciando que vendría otro. Llegué a mi casa en el barrio Guaraguao de Ponce el lunes en la tarde, luego de que decretaran receso académico en la UPR de Mayagüez. Al llegar a mi hogar me sorprendió que no hubiera señales de histeria o estrés por parte de mi mamá; ante el anuncio del huracán Irma, su nivel de estrés estaba en todo su apogeo. En ese sentido quizás ya se había preparado mentalmente y con los recursos necesarios. En la alacena de la cocina no faltaban las latas de salchichas, jamón picao, habichuelas, arroz y leche de cajita, como le decimos en casa. En el piso había más de una decena de galones de agua recogida como suministro y botellitas de agua destilada. Mi mamá repetía una y otra vez que había que estar preparados y que mi hermano y yo aún no veíamos la magnitud del evento, pero que la experiencia que estábamos a punto de vivir iba a ser fuerte. Debo admitir que en dicho momento entendía lo que iba a suceder, pero no lo había internalizado. Yo no estaba preparada mentalmente para el suceso.

Los vientos comenzaron a sentirse la madrugada del 20 de septiembre de 2017. Recuerdo que estaba acostada en mi cama y ya sin energía eléctrica verifiqué mi teléfono para cerciorarme que tuviera señal. Busque el Weather Channel para ver por dónde iba María y los nervios comenzaron a invadirme. Me di cuenta de que todo era real, que ya estábamos en pleno suceso, y que por primera vez mi familia iba a recibir un huracán en el campo. Por mi mente comenzaron a correr todo tipo de pensamientos: “¿Nos quedaremos incomunicados por meses? ¿Vendrán a buscarnos si no logran saber nada de nosotros?”. En ese instante comenzaron a correr lágrimas por mis mejillas y pensé en la imagen de un futuro cercano donde ya nada

sería igual. Tenía miedo de que no nos pudiesen encontrar por los peligros de vivir en el área rural. Respiré profundo y logré calmar mis nervios; me dije a mi misma: “Todo va a estar bien”. Volví a verificar mi teléfono y lo único que aparecía en la pantalla eran las palabras “Sin servicio”. Los vientos cada vez se escuchaban más fuertes y en las ventanas estilo Miami de los cuartos de mi casa retumbaban las gotas de lluvia a presión. Logré conciliar el sueño en un punto de la noche; constantemente en las horas siguientes me levantaba esperando que todo hubiese cesado. Pero a diferencia de una tormenta tropical —la única experiencia pasada a la que podía hacer referencia— el huracán iba a demorar mucho más tiempo en su transcurso por la isla.

Al transcurrir la mañana los vientos fuertes fueron cesando un poco, y aunque no es lo más recomendado, nos acercábamos a las ventanas de cristal de la sala para poder observar la vegetación moviéndose de un lado para otro. En un momento pensé que ya todo estaba terminando ya que hasta pudimos salir al balcón y creía que después de todo no habría tantos daños. Pero no fue así. Pudimos observar que la casa de nuestros vecinos más cercanos estaba completamente destruida. En las horas de la tarde los vientos regresaron aún más fuertes, pero en dirección contraria; lo que mi familia llamaba “la virazón del huracán”. En estos momentos el miedo comenzó a apoderarse de nosotros ya que podíamos escuchar cómo partes de los techos de las casas aledañas chocaban con las puertas de nuestra casa, y los ruidos estrepitosos de los árboles cayendo a lo lejos y frente a nuestro hogar. Procedimos todos a sentarnos con nuestras almohadas y frisas en el pasillo central de la casa ya que sentíamos que era el lugar más seguro. Las ventanas de los cuartos sonaban tan fuertes que creíamos que en algún momento alguna se iba a salir con el viento. No pude alcanzar a aproximar cuántas horas estuvimos sentados en

ese lugar, pero allí nos mantuvimos hasta que los vientos se detuvieron. Exhaustos por las emociones de este día nos fuimos a dormir para luego despertar en lo que sería nuestro nuevo panorama por los próximos meses.

Llegada la mañana, lo primero que hice fue querer salir para observar la vegetación, pero me topé con que ni la puerta podíamos abrir ya que un árbol la estaba bloqueando. Luego de varios empujones pudimos salir y de inmediato comencé a meterme entre la maleza hasta encontrar un punto donde mirar bien el paisaje. No sabía ni cómo sentirme. Todo estaba gris por la neblina y el cielo nublado. La casita de madera que mis padres habían construido de recién casados con mucho trabajo, al lado de mi actual hogar y la que me vio crecer hasta los once años, estaba partida a la mitad por un árbol. Prácticamente todos los troncos de los árboles estaban caídos y mi roble favorito era uno de ellos. Entre las montañas podía observar las casas y las carreteras que jamás hubiese imaginado que estaban ahí, y que desde mi patio las podría ver ahora. Pedazos de escombros, clavos, tendidos eléctricos y derrumbes de terreno estaban por doquier. Pronto pude ver cómo los vecinos comenzaban a salir de sus hogares con las mismas expresiones de anonadación de mi familia y yo. A pesar de ello, de inmediato todos pusieron manos a la obra.

El día transcurrió con cada familia en lo suyo. Podíamos vernos trabajar ya que no había vegetación que nos devolviera la privacidad de antes. Comenzamos por abrir un trecho de camino para poder llegar al portón de salida y a cortar como se podía los árboles que estaban bloqueando la entrada de nuestra casa. En estas transcurrió el día luego del huracán María. En las horas de la tarde los vecinos comenzaron a unirse para comenzar a despejar nuestra calle de todas las obstrucciones, pero eso no iba a ser trabajo de solo un día. Al ver que el primer día no pudimos ni salir de

la calle donde se encuentra nuestra casa, me volvió a invadir el sentimiento de la madrugada anterior de impotencia e incomunicación. Así estuvimos por los próximos dos días. La unión comunitaria fue extraordinaria. Una brigada de alrededor de veinte personas se unió con machetes, sierras y maquinaria pesada para poder ir abriendo la carretera principal hacia la ciudad, ya que sabíamos que no podíamos quedarnos esperando una ayuda que iba a demorar. Luego de cuatro días, y aún con dificultad y peligrosidad, pudimos bajar del campo —como nosotros le decimos— para ir a ver a mi abuela en la ciudad.

Durante el viaje en carro pude observar las montañas las cuales ya no estaban mullidas de verdor, y esta falta de vegetación dejaba a la vista las casitas de madera sin techo o completamente destruidas. Se podía observar el río y su cauce. Todo me parecía tan impresionante. Debo admitir que luego de haber visto el daño en el área rural, al llegar a la ciudad no me impresionó tanto el impacto del huracán. Aun así, se podía observar los semáforos rotos o virados y daños en las estructuras de los hogares; sin dejar de resaltar las personas conduciendo frenéticamente y desconcertados.

En los días siguientes ya me comenzaba a desesperar la falta de señal telefónica y comunicación. Todas las mañanas verificaba el teléfono, pero seguían apareciendo las mismas palabras: “Sin servicio”. Me resigné a la idea de que las comunicaciones tardarían en reestablecerse. La comida solo consistía en enlatados ya que en mi casa no había planta eléctrica. Pronto mis padres tuvieron que presentarse a sus trabajos en el Departamento de Salud y de momento me encontraba todos los días en mi casa con mi hermano, incomunicada, sin luz y con agua en periodos intermitentes. La rutina diaria consistía en correr a rellenar los envases cuando escuchábamos el ruido del agua en las tuberías,

leer y escuchar los programas en la radio AM por donde nos podíamos enterar de los “progresos” de la situación de emergencia, la histeria por la gasolina, las filas kilométricas para entrar a los supermercados, el toque de queda y la falta de hielo. Los días que íbamos a casa de mi abuela lavábamos la ropa a mano y llamaba a mis amigos por un teléfono de línea. Esta nueva rutina tras el paso del huracán me estaba desesperando. No me dejaban guiar ya que la carretera en dirección a mi casa, a más de una semana del huracán, todavía estaba casi intransitable por los derrumbes y tendidos eléctricos. El tiempo parecía transcurrir más lento de lo normal y el proceso de volver a reconectar el núcleo familiar no fue fácil. Los *highlights* de mis días eran cuando mi papá llegaba de trabajar y me invitaba a ir a buscar gasolina con él ya que había visto cuando regresaba a casa que no había tanta fila en la gasolinera.

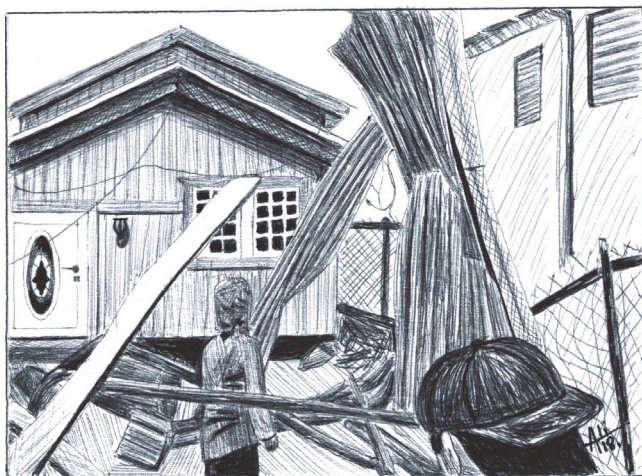
Me decepcionó mucho ver cómo pasaban las semanas y las ayudas no llegaban. La energía eléctrica en la ciudad estaba comenzando a reestablecerse en algunas áreas afortunadas, sin embargo, en el campo ni una guagua municipal aparecía a llevar agua potable y suministros. Las ayudas comenzaron a verse ya trascurrido un mes del huracán. Pero a pesar de esto, no todo estaba demorando tanto. La vegetación estaba reverdeciendo y me levantaba todas las mañanas a observar las montañas y a cuantificar con mis dedos los árboles que tenían hojas nuevas. En las tardes llegaban las palomas sabaneras a comer de los frutos de las palmas que fueron de las primeras en recuperarse junto con las matas de guineo.

Tras el anuncio del reinicio del comienzo de clases en la UPR de Mayagüez tuve que dejar mi campito con una mezcla de emociones. Entre estas, esperanzas por el proceso de resiliencia de la madre naturaleza y las comunidades; ya que la unión y autogestión comunitaria había nacido de

entre los derrumbes y árboles caídos del barrio Guaraguao en Ponce. También con preocupación, ya que sabía que lo que iba a escuchar mi familia por los próximos meses sería el retumbar de las plantas eléctricas al caer la noche.

MI HISTORIA CON EL HURACÁN MARÍA

Por: Gabriel Franqui Lugo



Destrucción y reconstrucción en la costa.

3 de enero de 2018
Cabo Rojo, Puerto Rico

VIVO EN JOYUDAS, CABO ROJO, justo al lado de la playa. Cuando llegó la noticia de que se aproximaba el huracán María no fue diferente a avisos previos de huracanes. En mi casa pensamos que iba a ser un huracán tranquilo, como los anteriores, y que en unos días nos íbamos a olvidar del mismo. Un día antes de la llegada de María preparé un bulto con un poco de ropa y recogí la computadora para ir a la casa de mi abuela, que es un lugar más seguro. Antes de salir de mi casa la miré y pensé: “Espero regresar pronto”. Nunca imaginé que cuando volviera no iba a estar igual y que iba a pasar mucho tiempo antes de verla bien de nuevo.

En casa de mi abuela, también en Cabo Rojo, se esperaba el paso del huracán María por la noche. Decidí acostarme temprano para no seguir con tanta preocupación. Al otro día me desperté por los fuertes vientos que se escuchaban. Al principio, escuchar los vientos me daba una sensación de relajación, pero al rato el sonido me desesperaba. Además, lo único que teníamos para entretenernos eran tres juegos de mesas... ¡ya no quiero ni volver a jugarlos! Como no teníamos un radio para poder escuchar noticias, mi papá salió

de la casa para montarse en el carro y así escuchar la radio. Se podía escuchar una sola emisora y ellos tampoco tenían mucha información que brindar. Por la desesperación de estar encerrados en la casa, en la tarde del día del paso de María, mi papá y mi tío salieron para saber cómo estaban las personas que vivían cerca y para averiguar cómo estaba el camino de vuelta a casa. Cuando regresaron dijeron que el camino estaba lleno de árboles y que algunos vecinos, al verlos afuera, salieron y los ayudaron a abrir paso.

El 21 de septiembre, luego del paso del huracán María, rápido que salió el sol nos preparamos para salir y ver cómo quedó nuestra casa. La mayoría de los caminos estaban obstaculizados con árboles caídos. En este momento me percaté de que hay tres caminos para llegar a mi casa, porque intentamos cada uno de ellos y por ninguno se podía pasar. Al final decidimos tomar la ruta que estaba más cerca de mi casa para que, una vez no pudiéramos seguir en el carro, seguir caminando entre los árboles. De camino observé todas las casas que veía desde pequeño; todas estaban destruidas. Sentí un miedo enorme de que mi casa estuviera igual o, incluso, peor. Una casa que se encontraba justo al lado de la nuestra había desaparecido. Unas personas que pasaron el huracán María en el área dijeron que el mar se la había llevado con las fuertes olas. Yo seguía asustado por lo que podría encontrarme.

Cuando llegué a mi casa, parte del techo se había caído; estaba al frente, en la carretera. El poste y todos los cables del tendido eléctrico que daban electricidad a mi casa, se fueron también con la caída del techo. Además, el balcón que quedaba para la playa estaba roto, y el muelle ya no existía. Por otro lado, y porque parte del techo se había ido, había entrado agua y la casa estaba toda inundada. En ese momento pensé que me hubiese gustado haberme llevado más cosas a la casa de mi abuela. Limpiamos y secamos todo lo que

pudimos, después nos fuimos a dormir porque ya era tarde, se estaba poniendo oscuro y sabía que la mañana siguiente iba a ser un día largo.

El segundo día luego del paso de María, mi papá nos levantó temprano. Cuando desperté, por un pequeño momento creí que había tenido un mal sueño, pero rápidamente caí en cuenta de que no fue así. Me levanté rápido porque sabía que había que hacer muchas cosas. Lo primero que hicimos fue buscar gasolina y hielo para poder tener aunque fuese por un tiempo. Tardamos una hora en buscar una gasolinera abierta y dos horas más en llenar el tanque del carro de gasolina. Después, por la falta de comunicación en toda la isla, tratamos de llegar a la casa de varios de nuestros familiares cercanos. Todos estaban bien y al saberlo nos dirigimos de nuevo a nuestra casa; todavía había mucho trabajo que hacer. Ese día pudimos recoger bastante; lo que nos dio mucho trabajo fue el techo de mi casa que estaba al frente, aguantado de un cable eléctrico que evitaba que se cayera. Pudimos recogerlo gracias a que mi tío, que es electricista, pudo cortar el cable eléctrico; así el techo terminó cayendo por completo.

Ya era tarde y estaba oscureciendo, guardamos todo y nos preparamos para dormir. La casa tenía parte del techo, por lo que la mitad estaba habitable y decidimos quedarnos allí. Sabía que el próximo día también iba a ser uno largo, y no solo fue así el siguiente día: el mes entero me lo pasé recogiendo mi casa, ayudando a los vecinos y haciendo filas larguísimas para conseguir gasolina o comida. Esos fueron mis días hasta el día que empezaron las clases y regresé a la universidad. Aun luego de comenzar a estudiar nuevamente, cuando llegaba a mi casa ayudaba a mis padres con todos los quehaceres. Al poco tiempo después llegó el agua; la luz tardó casi tres meses en reestablecerse. Ahora estamos bien aunque todavía falta para que mi casa y entorno vuelvan a ser los mismos de antes.

UNOS DÍAS DE SEPTIEMBRE:
LA VIDA ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DEL HURACÁN MARÍA
Por: José D. García Santiago



El platanal: Un sustento a prueba.

11 de noviembre de 2017
Aguadilla, Puerto Rico

AUNQUE ME SENTÍA PREPARADO para la llegada de un huracán —tanto emocionalmente como por tener listos suministros como comida, agua, herramientas y café— nunca me imaginé los momentos que iba a pasar después del paso del huracán que azotó a Puerto Rico, mi tierra, el 20 de septiembre de 2017. Viví una combinación de momentos buenos y momentos malos ese día y durante las semanas que siguieron. Trataré de poner en palabras sentimientos que compartí con mis hermanos puertorriqueños a través de toda la isla.

Tengo 21 años de edad y vivo en Aguadilla, la punta noroeste de Puerto Rico. En mi casa había de todo para enfrentar a este huracán, al que nombraron María. Teníamos tormenteras, una cisterna de agua de 400 galones, placas solares con un sistema *off grid* de 16KwH, comida enlatada para hasta dos semanas y mucho amor. Nos preparamos lo mejor que pudimos, considerando todas las advertencias y sugerencias de los meteorólogos del país. Ya a las 6:00 p. m. del martes 19 de septiembre estábamos todos en casa: mi madre, mi padre, mi hermano y mis tres perros. Habían ad-

vertido que no hubiese nadie en la calle, pues se iban a estar sintiendo los efectos del huracán como las lluvias y algunos vientos fuertes. Recuerdo que había un desespero en el aire, ya que sabíamos que venía destrucción masiva y no podíamos hacer nada para detenerlo.

Estaba pensando en mis amistades del área este y del centro de la isla, pues los últimos modelos indicaban que el huracán María definitivamente iba a impactar de forma considerable a esos sectores. Para tratar de calmarme un poco, trataba de olvidar lo que había aprendido de huracanes categoría 4 y 5 y de sus efectos. Pero era una realidad: Puerto Rico iba a ser destruido. Me mantenía en las redes sociales para saber de mis amistades, y hasta ese momento todos estaban bien. Sentían los mismos efectos: lluvias y un poco de viento. Recuerdo que me comunicaba con Carlos F. Rivera López por mensajes de texto y él me decía que en Orocovis, a las 11:00 p. m., ya se sentían unos vientos bien fuertes y que estaba muy nervioso. El último mensaje que le envié fue para ayudar a que se relajara, pero nunca le llegó porque perdió la señal. En Aguadilla todavía los vientos no se sentían como él los estaba sintiendo en el centro de la isla.

Luego de un tiempo de hacer nada, me cansé de esperar. Me acosté en la cama y logré dormirme. Me levanté varias veces en la noche pero no se escuchaban los vientos como mi amigo Carlos me los describía. Al despertar a las 7:00 a. m. de aquel 20 de septiembre, todo había cambiado. Se escuchaban vientos fuertes, que hacían sonidos como de película de terror. Ya no tenía señal en el teléfono, así que no sabía por dónde estaba pasando el huracán; tampoco sabía nada de mis amistades, las cuales estaban esparcidas por la isla. Fueron momentos en los que no sabía cómo sentirme pues tenía miedo pero intriga a la misma vez. A eso de las 11:30 a. m. todo se calmó. Salimos

afuera para ver qué pasaba. Todo estaba en silencio; no había viento, no había lluvia. Juré que le había pasado algo a María, que se había desaparecido pues los meteorólogos decían que saldría de la isla como a las 6:00 p. m. y era demasiado temprano para que hubiese salido por Aguadilla. Los vecinos se asomaron para ver los daños, y los que no, nos gritaban para que buscáramos refugio ya que “el ojo duraba unos 20 minutos”. En ese tiempo me trepé al techo a mover unos paneles solares que se habían movido de lugar mientras oraba en voz alta para que no volvieran los vientos. Vimos los árboles caídos y los daños causados en el barrio, y hablamos de cómo el agua se metió a nuestras casas. Mientras, mi padre fue a casa de mis abuelos, que viven en la misma urbanización, para ver cómo habían pasado la primera parte del huracán. Pasaron dos horas y volvió María. Volvió más fuerte aún.

Fue impresionante cómo se escuchaba y cómo se veía el viento. La velocidad del viento era constante. Escuchábamos los paneles solares de mi casa arrastrándose por el techo. Había una puerta que parecía que iba a abrirse por la fuerza del viento y le tuvimos que poner una escalera inclinada para que le hiciera un poco de fuerza. Ya eran como las 2:00 p. m. No encontrábamos estaciones de radio que funcionaran. Solo había una y eran muchas las personas llamando para decir que necesitaban ayuda. El locutor, frustrado, respondía que nadie, literalmente nadie, podía hacer algo por ellos en ese momento ya que era muy peligroso salir afuera. Comimos “galletas de lata” y hablamos de cuán impresionante se sentía este evento y de cómo todo iba a cambiar debido a él.

Me fui a dormir a eso de las 11:00 p. m. Los vientos seguían fuertes, pero jamás como por el día. Al despertarme la mañana del jueves salí con mi padre a verificar los daños. Nuestra reserva de agua estaba vacía ya que un panel solar

rompió un tubo de la cisterna. Los vientos arrancaron 12 paneles solares del techo y los esparcieron por los alrededores. No teníamos ni agua ni luz. Salimos a la calle y vimos que todo estaba en el piso. Árboles que yo ni sabía que existían estaban en el suelo, acompañados de postes eléctricos, techos de casas, paneles fotovoltaicos y materiales de casa. Fue una aventura tener que pasar por debajo de los tendidos eléctricos.

Desde la mañana siguiente al paso de María la cosa se empezó a poner peor y peor. Era impresionante ver y sentir la tensión y desesperación de la gente. Vimos una fila para comprar gasolina que daba hasta miedo. La gente pasaba horas y horas en las gasolineras para recibir 10 dólares de gasolina, que no son ni 3 galones, para usar sus carros y sus plantas eléctricas. Las filas siguieron así por lo menos hasta dos semanas después del paso del huracán. Al no tener servicio eléctrico, la dependencia de los generadores eléctricos era increíble.

Para añadirle más problemas al caos, se cayeron las redes de telecomunicación. Eso significa que ninguna llamada, ningún canal de televisión, ninguna transacción bancaria, nada se podía hacer. En casa estuvimos incomunicados con mi hermana, que vive en Estados Unidos, por una semana. En los noticieros de Estados Unidos se mostraba el caos y destrucción que había dejado María, pero nadie de allá se podía comunicar con la gente en la isla. Para mí eso fue lo más desesperante. No saber nada de nadie se pone intenso cuando ya ha pasado una semana y tienes amigos en Humacao, Maunabo, Orocovis y San Juan, lugares que fueron altamente impactados.

En esos días fuimos a la finca de mis padres en Moca, una de más de 100 cuerdas y con sobre 15,000 matas de plátanos sembradas. Mi padre no quería ir porque decía que no se sentía listo emocionalmente, pero a los varios

días fuimos. Fue bien fuerte para todos ver la finca en las condiciones en las que estaba. Todo el plátano se había ido. Meses de trabajo literalmente se perdieron en un día; todo estaba en el suelo. Sobrevivieron unos árboles de panapén, uno o dos de aguacate, pero ninguno con el cual obtener un sustento económico. Con lágrimas en los ojos nos fuimos para la casa para no llorar uno frente a otro.

Las próximas semanas fueron bien tediosas. Cero comunicación, cero agua potable, cero negocios con suministros. En la finca había agua de un pozo, así que llenábamos una cisterna de unos 225 galones y la poníamos en la guagua *pickup* de mi padre. Con eso llenábamos un tanque de agua para ducharnos, bajar los inodoros, fregar y limpiar. Logramos encontrar paneles fotovoltaicos para reemplazar los que se habían dañado; así pues, la casa tuvo energía. Con la energía solar le dimos una extensión al vecino y con el tanque dábamos agua a las personas de la pequeña comunidad donde vivimos. Venía hasta gente de otras calles, hasta gente que no conocíamos, a coger agua de la camioneta de mi padre.

Para movernos de lugar en lugar usábamos la misma camioneta, ya que era diésel y no había que hacer una fila muy larga para adquirir dicho combustible. Si teníamos que ir a un lugar cerca usábamos la bicicleta. Un día vimos muchos carros en el paseo de la carretera; nos dimos cuenta de que ahí había señal telefónica y de internet. En ese momento nos entró un mensaje de mi hermana. Logramos hablar con ella y después de varios gritos de emoción nos contó que no podía dormir, que del trabajo la mandaron a la casa por ataques de ansiedad que le daban. Nos contó también que, gracias a recaudaciones de amistades en su trabajo, tenía una compra de más de 1,000 dólares en comida enlatada, agua y ropa para enviar a Puerto Rico. Hablar con ella fue tan bueno; yo sabía que ella se estaba

volviendo loca sin saber de nosotros. Escucharla alivió mi desesperación de querer dejarle saber que estábamos bien.

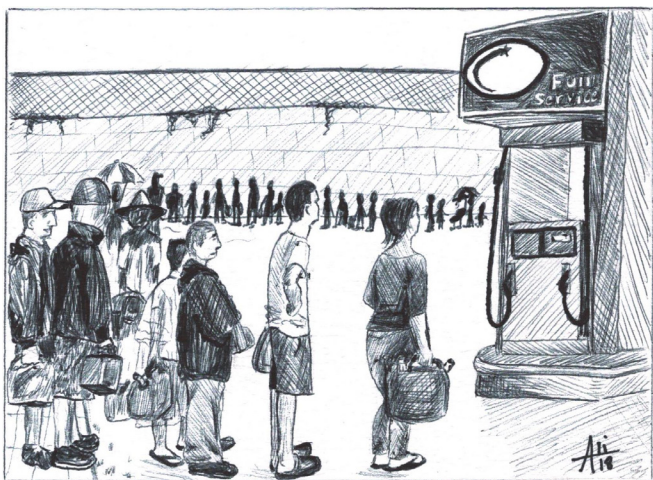
Luego de descubrir ese *spot* de internet, como le llamábamos, íbamos todos los días a llamarla y para tratar de comunicarme con mis amistades y otros familiares. Aunque no había nada más, la bendición de poder comunicarme con ellos me bajó los niveles de ansiedad que sentía 24/7. Empezamos a ir a la finca a comenzar los trabajos desde cero. Le sacamos los hijos a las matas de plátanos que tenían, movimos escombros, levantamos matas de berenjenas, entre otros. Era frustrante y triste, pero había que hacerlo.

Luego de esas semanas, ya me empezaba a comunicar más frecuentemente con mis familiares y amistades; teníamos luz, agua —en cubos y neveras de playa, pero tenía agua— y veía las noticias para mantenerme informado. Se anunciaba que la Universidad empezaría el 30 de octubre, a cinco semanas del huracán. Pasé lo que faltaba de esas semanas ayudando a mis padres en sus negocios y en la finca. Tuve que ir varias veces a Mayagüez solo para sacar dinero en efectivo, echar gasolina y hacer compras en Sam's, ya que en Aguadilla podía estar dos días en estas simples tareas debido a la falta de recursos que había en mi ciudad.

Llegué a pensar que ese caos sería nuestro nuevo normal, y aunque van 52 días y en mi casa todavía no hay servicio eléctrico de la Autoridad de Energía Eléctrica, ni de agua de Acueductos, ni de señal telefónica, sé que no es nuestro nuevo normal. Poco a poco se recupera la normalidad en el área en la que vivo. Sé que hay lugares que están todavía sin ayudas, casi como el primer día después de María, pero el puertorriqueño es fuerte y se ha unido para ayudar a la comunidad. Un día les contaré esto a mis hijos, y aunque quizás lllore, sé que esta experiencia me hizo más fuerte.

MI DIARIO VIVIR DESPUÉS DEL HURACÁN MARÍA

Por: Nabila Graniela Marty



Fría y larga espera.

17 de enero de 2018
Cabo Rojo, Puerto Rico

NUNCA PENSÉ QUE PASARÍA a través de algo como aquellas intensas semanas y meses después del paso del huracán María. Creo que la mayor parte de mi generación puede decir que crecimos con historias de la posibilidad de un evento como este, pero nunca habíamos experimentado uno. Por el contrario, crecimos viendo muchos huracanes pasar cerca de la isla, dejándonos solo con la ilusión de qué podría pasar. En este caso fue otra historia con María. Contaré algunas experiencias con el huracán que me ayudaron a comprender mejor lo que ocasiona el paso de un huracán categoría 4 por una isla con un frágil sistema de energía eléctrica, sistema del cual dependemos, entre otras cosas, para la distribución de agua potable y para el funcionamiento del sistema de telecomunicaciones de la isla.

Mi familia y yo vivimos en Cabo Rojo. Comparado con otros lugares en el resto de la Isla, los efectos del huracán no fueron tan destructivos en el suroeste de Puerto Rico; por lo menos donde nosotros vivimos. En nuestro caso, y para mi sorpresa, los momentos más difíciles fueron los días y meses después del huracán. El día después del paso

de María me levanté con el sonido de las hachas de mis vecinos, quienes trataban de cortar los árboles que se habían caído en el camino para así mantener la calle despejada. Después de un buen rato, cuando salí de mi casa observé que los árboles que quedaban en pie perdieron la mayoría de sus hojas. Podía ver casas que ni sabía que estaban detrás de los árboles que ahora estaban en el piso o sin sus hojas. Además, pude ver ese cielo gris que para mí significaba que el evento atmosférico se retiraba de la isla y que marcaba el ambiente de incertidumbre que nos rodeaba. A pesar de todo eso, uno de los mayores impactos fue cuando inocentemente traté de entrar al internet con mi teléfono para ver qué había ocurrido en el resto de la isla y me topé con el “No service”. Fue ese el momento en el cual me pregunté quiénes estaban bien y quiénes no estaban bien, qué quedaba en pie y qué no. Después de todo el día con solo visitas de conocidos cercanos y escuchar la única estación de radio AM que se podía escuchar, comencé a sentirme un poco desesperada sin comunicación, sin la posibilidad de saber cómo estaban mis amigos cercanos y con la constante pregunta de “¿Qué estarán diciendo en las noticias?”. Pensaba también en mis amigos fuera de la isla y en su preocupación para con la isla y nosotros. Al pasar los días, sin embargo, la preocupación fue remplazada por otras que me afectaban directamente.

Comencé a preocuparme por la posibilidad de que se acabara la comida en la isla, que el Gobierno no tomara acción y que, como resultado, las personas comenzaran a actuar desesperadamente. Ya ese desespero se notaba en las personas en algunas filas de gasolina y mientras buscaban los recursos necesarios. Creo que a mi familia también le preocupaba lo mismo, ya que fueron pocas las ocasiones en las cuales salimos de la casa. En la casa teníamos los abastos suficientes para sobrevivir; solo salimos a buscar hielo y

agua potable durante las primeras tres semanas después del paso del huracán. El hielo lo buscábamos en una fábrica en Boquerón la cual se encontraba cerca de la casa de mi padre donde, además, el servicio de agua potable permaneció estable. En la casa manteníamos la mente distraída, lo suficiente para no pensar en la desesperación de querer que todo regresara a la normalidad.

Cinco días después del huracán logré comunicarme con mis amigos en Florida, los cuales estaban bien contentos de saber de nosotros y que, dentro de la situación, estábamos todos bien. Las historias que ellos contaban, lo que habían visto por la televisión, lo que todo el mundo pensaba que estaba ocurriendo en Puerto Rico les era preocupante. Me asombró saber que estábamos en boca de todo el mundo; una reacción, en parte, a la inacción y la falta de respuesta de las autoridades de rescate. Unas semanas después de que los vientos huracanados de María causaran un desastre en las telecomunicaciones de la isla, pude comunicarme con la mayoría de mis amigos y saber sobre su estado y el de sus familias.

Manejar las emociones, los diferentes estados de ánimo y tener que estar dentro de la casa sin mucho que hacer fue otra cosa que experimenté con el paso del huracán. Vivíamos “un día a la vez”, con las distracciones que pudiéramos. Tuve que haber leído más de cinco libros en un mes y mi hermana creo que llegó a leer un libro por día. Por las noches cuando ya no se podía seguir leyendo porque la luz de la vela no nos daba para leer, jugábamos juegos de mesa hasta que nos diera sueño. Solo salíamos de la casa para buscar hielo y en esa salida tratábamos de buscar todo lo que se necesitara para no tener que volver a salir. También nos dividíamos las tareas entre los miembros de la familia. A mí, por ejemplo, me dejaban en la fila del hielo, mientras mi madre iba al supermercado o a echar gasolina.

Las filas eran algo inevitable esos días. Ya de por sí las filas son inevitables en días comunes, pero después del huracán estas se volvieron para muchos una tarea de todo el día. Para mí tener que hacer largas filas fue una de las cosas más tediosas esos días subsiguientes al paso de María. Normalmente me tocaba ir a la fila del hielo acompañada de mi hermano y mi padrastro para poder conseguir por lo menos tres bolsas de hielo. En la hielera a la que íbamos solo despachaban hielo por la madrugada, después de que terminara el toque de queda. Repartían hielo hasta que se acabara, y si se acababa, todos los que estaban en la fila tenían que esperar hasta las tres de la tarde para la próxima tanda de repartimiento. En varias ocasiones llegué a estar en la entrada del local con dinero en mano para que me dijeran que se había acabado el hielo. Me daban un boleto para hacer otra fila, pero con garantía de que me iban a dar hielo si llegaba a la hora que decía el boleto. Ese sistema duró solo una semana, ya que los dueños del local se dieron cuenta de que llegaban personas con boletos falsificados, o porque se hacía un motín porque no había boletos para todos los que estaban en la fila.

La frustración en las filas solo aumentaba cada día que pasaba. En mi caso, llegué a mi límite cuando en la fila de los boletos, al regresar una tarde, un individuo que estaba haciendo la fila se ofreció a vendernos boletos falsificados y comenzó a relatar cómo salía del lugar con 12 bolsas de hielo. El individuo llegaba en el momento que repartían los boletos a los que no consiguieron hielo por la mañana y les compraba el boleto a los que pudiera. Luego, regresaba por la tarde con más boletos de los que en realidad necesitaba. Pensaría uno que hacía eso porque tenía alguna necesidad en su casa, pero no, aparentemente contaba con una planta eléctrica y toda su familia podía mantener las cosas refrigeradas y frías. Ese tipo de situación me indignaba; saber

cómo la gente se aprovechaba de la situación era frustrante. Por eso me rehusé a seguir haciendo la fila del hielo y trataba de convencer a mi madre de buscarlo en otras partes.

No todas las experiencias, sin embargo, fueron como las de la fila del hielo. Hubo días en los cuales ya no podía estar más en mi casa solamente leyendo. Así fue como terminé en Hormigueros ayudando a la familia de mi novio a lavar ropa en una quebrada. Esta experiencia fue una de las más curiosas que pude haber tenido. Al llegar al lugar solo veía un pequeño puente y varios carros estacionados, pero no veía a nadie lavando ropa o recogiendo agua para utilizar. Al lugar se le conoce como “Las Plumas”, y es que, al bajar las escaleras del puente hay tres tubos por donde sale agua fría y cristalina. Me atreví a tomar de ella y hasta me pareció más fresca que el agua que sale normalmente del grifo de mi casa. Mi curiosidad por el lugar me hizo preguntarle a la familia de mi novio de dónde provenía el agua; a lo que me respondieron que era agua de un manantial. Allí las personas colectaban agua en galones y barriles para consumir y cocinar en sus casas.

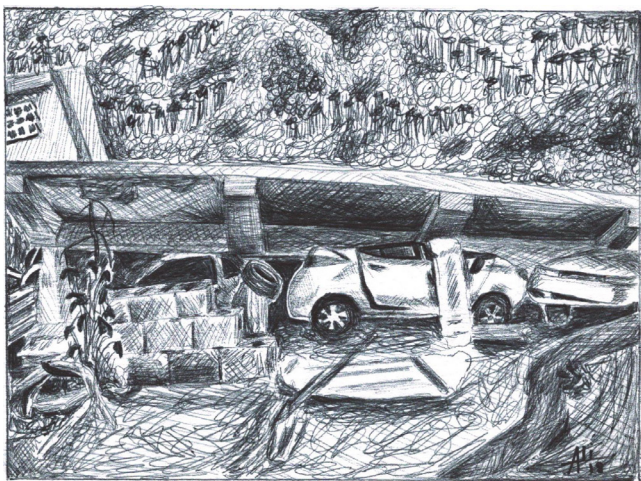
En el lugar también hay una quebrada donde los residentes del área se estaban bañando y lavando ropa, mientras conversaban de sus preocupaciones, o de cualquier cosa que supieran en relación a lo que estaba ocurriendo a raíz del huracán. Esta experiencia, además de ser relajante y refrescante para mi rutina diaria después del paso del huracán, me hizo pensar en cómo las personas regresaban a lo antiguo, a lo tradicional, para satisfacer sus necesidades y llevar a cabo quehaceres del diario vivir. Además, reconocí cómo ir a recolectar agua y a lavar la ropa en la quebrada se había vuelto de momento en un evento social o en actividad familiar; una actividad que prefería más que ir a la fila del hielo o gasolina. Poco después de los viajes a Las Plumas llegó el agua a mi casa; allí entonces se tras-

ladó la familia de mi novio a lavar su ropa por lo que no volvimos al lugar.

Para mí las visitas a Las Plumas fueron de las mejores experiencias que pude haber vivido después del paso del huracán María. Allí pude observar las dinámicas sociales y lazos de unidad y solidaridad que se dan a nivel comunitario. Fue allí, fuera de las paredes de mi hogar y más allá de lo que ocurría en las largas filas del hielo y de la gasolina, donde observé la sensibilidad de la sociedad, el efecto del cambio en el día a día de las personas, cómo nos adaptamos a la falta de cosas que normalmente tenemos y que “damos por sentado”: el servicio de luz eléctrica, de agua potable, de internet y de teléfono. Es por eso que el huracán María para mí significó ver la adaptación de una sociedad a la cual se le limitaron las comodidades cotidianas. A partir del evento, observé la sociedad en la que vivo día a día pero que no observo con detenimiento. Experimenté también la seriedad de la alerta ante el peligro que antes no creía posible.

MI EXPERIENCIA CON EL PASO DEL HURACÁN MARÍA

Por: Monique A. Lorenzo Pérez



Colapso y destrucción en Utuado.

21 de noviembre de 2017
Moca, Puerto Rico

LA SEMANA QUE ANUNCIARON LA POSIBLE LLEGADA del huracán María estaba en Mayagüez, pueblo en el que me hospedo mientras estudio en la Universidad de Puerto Rico en dicho municipio. Unas dos semanas antes se había emitido un aviso de huracán para Puerto Rico; en ese entonces, Irma era la amenaza para la semana del 3 al 9 de septiembre del 2017. Irma, agradadamente, pasó al norte de Puerto Rico. Ese no fue el caso para el próximo aviso de huracán que recibió la Isla ese mismo mes. Para entonces, todos los ojos estaban sobre el huracán María y su trayectoria.

Ante dicha amenaza, se decretó un receso académico en la Universidad por lo cual pude regresar a mi pueblo natal, Moca. Allí vivo con mis padres, mi hermano y nuestras mascotas, Biggie y Makko. Vivo en las Parcelas Viejas del barrio Aceitunas, mi casa es de concreto, de dos pisos y no vivimos en zona inundable ni cerca de la costa, por lo cual no consideramos que fuera necesario desalojar. Para la preparación ante el paso del huracán, mi papá logró, con la ayuda de mi tío y de unas largas escaleras, colocar tormenteras en las ventanas de la cocina y en la puerta corrediza

del cuarto de mis padres, ya que consideramos que eran las más que podían estar en peligro. Las ventanas y puertas principales de la casa se colocaron nuevas hacía unas semanas; en ellas no se pusieron tormenteras ya que, según mis padres, son ventanas y puertas de seguridad. Además, si invertían en tormenteras iba a ser mucho gasto en muy poco tiempo; estamos hablando de seis ventanas y tres puertas que se hubiesen tenido que cubrir. Recogimos los alrededores de la casa para deshacernos de posibles proyectiles, nos la ideamos para acomodar los vehículos en los bajos de la casa, bañamos nuestros dos perros; decidimos que el perro pequeño tenía el privilegio de permanecer dentro de la casa mientras que el grande podía permanecer en el baño de los bajos. Para entonces, la noche antes del paso del huracán, en mi casa nos sentíamos preparados y seguros.

El 20 de septiembre del 2017, María nos visitaba con lluvia y vientos que provocaban intriga, y nos dejaba en la expectativa de qué pudiera pasar durante el día y los días subsiguientes. Desde las 7:00 a. m. ya estábamos mirando por las ventanas cómo las primeras ráfagas de vientos agitaban las ramas de los árboles y palmeras. Los perros, mi mamá y mi papá estaban ansiosos, mi hermano como si nada estuviera pasando, y yo emocionada porque desde la ventana de mi cuarto podía mirar hacia afuera. También me sentía en paz a pesar de que reconocía que nos estábamos enfrentando a un evento histórico; un huracán potente que ni siquiera mis padres recordaban haber vivido. Me sentía en paz porque confiaba que si pasaba algo lo íbamos a poder manejar, y aprender de lo que sucediera.

Durante el primer impacto del huracán, antes de la calma, todos los fuertes vientos venían de norte a sur. Ya a las 10:00 a. m. la mayoría de los árboles y matas de guineos y plátanos del patio de mi vecina, los cuales podía observar desde mi cuarto, estaban en el piso. Había hojas por

doquier y el sonido del viento parecía un silbido imparable, que repentinamente aumentaba a gran sonar y luego disminuía para mantenerse constante. De seguro, así podemos identificar cuando son ráfagas de vientos o vientos sostenidos. Los servicios de agua y luz desde temprano en la mañana ya habían dejado de funcionar.

Mi perro Biggie estaba tan atemorizado que se escondió debajo de mi cama y no volvió a salir hasta bien tarde, casi en la noche. El más ansioso de todos en la casa era mi papá; no se quedaba quieto: se movía a revisar las puertas y las ventanas, caminaba, entraba y salía de las habitaciones, hablaba y se expresaba constantemente de lo fuerte e increíble que era este fenómeno. Le llamaba “la furia”. Durante la calma, que duró alrededor de una hora, mi padre salió rápidamente, los vecinos salieron a la calle, incluso yo salí a ver cómo había quedado la vegetación. Las casas al frente de mi casa están abandonadas, una de ellas tenía una palma de coco, la cual en el primer azote no resistió y se cayó. Aproveché, y junto a mi tío, fuimos a buscar cocos de los cuales consumimos el agua y repartimos entre los vecinos. Algunas de las otras casas vecinas perdieron los techos o los garajes construidos con planchas de zinc. La jaula de uno de los perros, si no hubiese sido porque mi papá la amarró de la verja, de seguro terminaba como el trampolín de la casa, destruido. En el segundo azote el viento venía en dirección contraria: de sur a norte. Para entonces, los árboles debilitados que aún no habían caído, cedieron. Ya para este momento los vientos no eran tan fuertes y mis padres pudieron acostarse a dormir un poco más tranquilos, al igual que mi hermano y yo.

Al siguiente día pudimos observar los estragos que dejó María por el barrio: casas sin techos, árboles y alumbrados en el piso, cables eléctricos por todos lados y hojas pegadas en los carros, paredes, techos y verjas. Las casas perdieron

sus pinturas; daba la impresión de que alguien les hubiera pasado una máquina de presión. Salí a dar una vuelta con mi tía y pudimos ver casas sin techos, viviendas destruidas en su totalidad, árboles arrancados de raíz obstruyendo la carretera y familias en las calles recogiendo y limpiando. Para mí lo más impactante fue cuando pude observar que donde antes había casas, solo quedaban algunos enseres como la nevera y la estufa. Hogares a los que les podías ver las habitaciones del interior desde la carretera; en mí eso provocó nostalgia y tristeza. Del lado positivo, la iniciativa de la comunidad en despejar caminos y limpiar las carreteras obstruidas ayudó en la pronta recuperación del barrio.

El paso del huracán María limitó la comunicación de muchas maneras. No había señal de teléfono, no había internet y transitar por las vías públicas presentaba un riesgo debido a la obstrucción del camino a consecuencia de los alumbrados y árboles caídos. En las intersecciones de carreteras, la falta de semáforos dificultaba aún más el tránsito seguro. Mis abuelos habían salido del país varias semanas antes del paso del huracán, así que una de las mayores preocupaciones era la pronta comunicación con ellos para que supieran que estábamos bien. Por otro lado, mi papá es teniente de la policía de Puerto Rico, por lo cual al siguiente día del paso del huracán, tan temprano como a las 6:00 a. m., ya él estaba de camino a Mayagüez para reportarse en el cuartel y trabajar donde fuera necesario. Durante una semana, mi papá trabajó todos los días, 12 horas en la calle, tiempo que pasábamos preocupados en la casa por la falta de comunicación y reconociendo los peligros que había en la calle. Aun así, mi padre llegaba a la casa y se desesperaba por limpiar y recoger el patio, ayudar a los vecinos y sacar tiempo de descanso. Esas primeras semanas luego del huracán fueron un ajetreo constante; desde recoger escombros hasta recorrer largas distancias buscando señal para

poder comunicarnos por teléfono con nuestros familiares. Puedo decir que suficientes ayudas humanitarias llegaron a mi hogar, tanto de comida como de artículos de primera necesidad.

Más de un mes después del azote de María, el domingo 12 de noviembre, la Red Sísmica de Puerto Rico, en colaboración con la Sociedad Geológica Estudiantil de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez, realizó un viaje humanitario y de estudio al pueblo de Utuado. Fui parte de esa iniciativa y puedo decir que marcó mi vida. El propósito de la actividad se basaba en la entrega de suministros de primera necesidad y en la observación y estudio de los deslizamientos de roca en relación con la geomorfología de los distintos lugares a lo largo del camino. Visitamos los sectores La Vega y La Deseada en el barrio Caonillas del dicho municipio. Observé que la geomorfología en estos lugares cambió significativamente, pero ver el efecto que tuvo este evento atmosférico en el diario vivir de estas personas fue verdaderamente impactante. Vi carreteras derrumbadas, casas destruidas por deslizamientos de terreno, casas arrasadas por derrumbes, vehículos dañados en las propias marquesinas de las casas a consecuencia de inundaciones y colapso de garajes y marquesinas, entre otros. La experiencia de poder entrar a un hogar acompañada de los dueños, y observar cómo un lugar familiar, habitable y construido con tiempo y dedicación quedó destruido y forrado totalmente de lodo fue impactante; paredes, muebles, enseres, todo el piso y habitaciones manchadas de tierra. El relato de esa pareja, lleno de nostalgia y tristeza, conmovió a cada uno de los que allí estábamos presentes.

Ciertamente, todos tenemos algo que contar sobre la experiencia ante el paso de María, pero hay quienes no quisieran tener que vivir con el recuerdo de una pérdida significativa ante tal evento. Muchos salimos de la visita a

Utado, y de aquel hogar, marcados. Nos dimos cuenta de que nuestra realidad muchas veces no se compara con la de otros. Sin duda, hay experiencias que nos hacen pensar críticamente, y más allá de lo que por lo regular en una vida cotidiana es posible.

A DIECINUEVE AÑOS DE GEORGES

Por: Lauryn Martínez Guzmán



Rumbo obstruido.

7 de noviembre de 2017
Mayagüez, Puerto Rico

LA TARDE DEL VIERNES 15 DE SEPTIEMBRE, aproximadamente una semana antes del evento que cambiaría la vida de muchos puertorriqueños, me encontraba reunida con mis amigos en Mayagüez. Fuimos a Little Ceasars ya que le tenía antojo a unos deliciosos *cheesy breads* desde hacía algunos días. Mi amigo Abimael, quien es un aficionado a la meteorología, me dijo que había una onda tropical con más de 80% de potencial de desarrollo ciclónico. Me enseñaba los modelos meteorológicos del Invest 96L, los cuales predecían un impacto directo sobre la isla para el martes, 19 de septiembre. Mientras que para Abimael era muy emocionante la posible entrada de un huracán categoría 3 sobre Puerto Rico, y utilizaba palabras como “majestuoso” para referirse al mismo, yo comencé a sentir mucho miedo. Hacía poco acabábamos de salir “bendecidos” del azote del huracán Irma y pensar en otro huracán me preocupaba mucho. Podría hasta utilizar la palabra incomodidad; las ganas de comer mis *cheesy breads* se esfumaron pues pensaba que mi casa no aguantaría el azote de los vientos huracanados. La comida no me cayó bien y comencé a tratar

de calmar mis pensamientos diciéndome: “Tal vez sube y no entra directamente a Puerto Rico... De aquí al martes tal vez cambia de trayectoria”. ¡Jamás estuve tan equivocada en mi vida!

Llegó el lunes 18 de septiembre y el panorama seguía luciendo poco alentador. El ya huracán María iba a entrar a Puerto Rico el miércoles 20 de septiembre, con vientos de 140 millas por hora. “¿Que qué?”, me dije. Ahora era un huracán categoría 4. Ya no solo estaba preocupada, estaba también molesta porque mami es de los típicos puertorriqueños que deja todo para última hora porque “eso no va a hacer na”. El martes se aseguró el patio. Coloqué mi conejo dentro del armario porque como yo no sabía cuán devastador podría ser el evento, me decía: “Si lo dejas en la sala se ahogará porque entrará agua y no estarás aquí para salvarlo”. Como mi casa es de madera y cemento, y el techo es de madera y zinc no nos quedaríamos a pasar el huracán allí; no era un sitio seguro. Partimos a casa de mi tía, en Sultana, donde también se refugiaría mi familia de Añasco. Nos encontramos por la tarde y veíamos las noticias pues me encanta ver a Roberto Cortés porque habla en “arroz y habichuelas” y quería disfrutar de lo que serían mis últimas horas con electricidad. Estuvimos en familia como hacía tiempo no lo estábamos.

Los vientos comenzaron a sentirse el miércoles por la tarde. Los reporteros del tiempo decían que comenzarían a sentirse a eso de las 10:00 a. m., pero yo recuerdo comenzar a sentirlos a eso de las 3:00 p. m. Las ráfagas se sentían levemente más débiles que las de Irma, por lo tanto comencé a pensar: “Ah, esto no es tan malo... espero que se quede así, tranquilita”. A eso de las 7:00 p. m. los vientos se sentían más fuertes. Yo me encontraba en la cama, pues en la sala se sentía demasiada tensión. Mi familia es natal de Añasco y para el huracán Georges, en el 1998, perdieron

muchísimas cosas. Hablaban esa noche de dicho huracán, del cual no me acuerdo pues cuando pasó por Puerto Rico tenía apenas dos años. Escuchar las historias de una experiencia tan trágica solo me causaba estrés y más tensión. A pesar de eso, seguía pensando que María no sería una experiencia tan estresante; al igual que mami, quién a 19 años de Georges, y a pesar de haber vivido esa experiencia, seguía diciendo: “María no va a venir na”.

Para distraerme, y durante toda la noche, usaba y mantenía mi teléfono cargándose, al igual que la computadora. Tenía que aprovechar cada segundo de electricidad que quedara. A las 11:19 p. m. se fue la luz. Las ráfagas durante la noche aumentaron con el paso de las horas. Durante esa noche del miércoles 20 no lograba dormirme, pues el viento azotaba las palmas del patio y estas provocaban un sonido escalofriante. Las antenas de satélite se comenzaban a mover en los techos de las casas de los vecinos, lo cual podía ver a través de la ventana. Entre las 3:00 y 6:00 a. m. la señal de teléfono se fue, pero al menos tuve contacto con mis seres queridos hasta las 2:39 a. m. No lograba quedarme dormida debido al fuerte soplo del viento, por lo que me levanté a las 6:30 a. m. Todo el evento se convirtió en una odisea.

Las ventanas de la casa de mi tía son de cristal y el viento las sacudía. Las abría y cerraba con una fuerza que pensé las rompería. Coloqué cortinas de baño plásticas entrecruzadas para evitar que se rompieran y pusimos bolitas de aluminio en los marcos para que aguantaran el golpe cada vez que se cerraban. Esa fue mi aventura durante 10 horas, pues la fuerza del viento hacía que las cortinas descendieran y el agua entrara a la sala. En solo cuestión de horas las paredes de la sala comenzaron a despintarse y formaron burbujas de agua. El exterior de la casa perdió casi toda su pintura. Intentábamos sintonizar la radio para saber qué estaba

sucediendo en otros pueblos de Puerto Rico, pero la señal estaba fatal. Solo dos emisoras regionales, WPRa y WKJB, mantuvieron, de manera intermitente, la comunicación.

Al mediodía escuché en la radio que el ojo del huracán había salido de la isla lo cual me tranquilizó, me dije: “Se acabaron los vientos, solo va a dejar agua y ya”. También mencionaron que en San Juan habían explotado las ventanas de los condominios. Yo solo quería que los vientos cesaran pues el ruido que traían sus ráfagas era horrible; en la parte de atrás de la casa se escuchaban como un rugido y en la parte de adelante se escuchaban sus silbidos. Continuó así por horas; para mí las peores ráfagas ocurrieron de 12:00 a 4:00 p. m. por lo que me decía: “Si el ojo ya se fue y esto está peor, no me quiero imaginar cómo sería con el ojo aún en tierra”. Las planchas solares de los vecinos se escuchaban recorriendo el techo a eso de las 4:00 p. m., mientras que, en el nuestro, había cuatro antenas de cable que llegaron allí desde casas vecinas. Las matas de plátano terminaron partidas por la mitad y grandes ganchos de árboles cayeron en nuestra marquesina.

Éramos ocho en total dentro de la casa: mami, mis tías, mi prima, mis hermanos y yo. Hacíamos turno para bañarnos a “balde y pote”. Mami decidió pasar la mayoría del temporal durmiendo, y momentáneamente se levantaba preguntando: “¿Ya el temporal pasó?”. Yo me asombré con ella porque no sabía cómo podía dormir con todo el ruido que hacía María. A fin de cuentas, tratar de dormir era la mejor solución para no pensar en el huracán y en los daños que dejaría en mi casa, por lo que adopté su modalidad. Dormí tal vez tres horas, y al levantarme, a eso de las 7:00 p. m., los vientos eran de menor intensidad, aunque aún escuchaba sus zumbidos escalofriantes. La lluvia continuaba y fue así durante toda la noche, pero me reconfortaba saber que lo peor ya había pasado.

La mañana del jueves, luego del huracán, comenzamos a limpiar los perímetros de la casa. Los desagües estaban tapados, así que intenté sacar todo el material vegetativo que encontré, pues se esperaba más lluvia y no quería que se llegara a inundar la acera. Cerca de la casa de mi tía hay una panadería y queríamos saber si estaba abierta para comprar pan. Ahí comenzó lo que fue la orden de cada día: ilas filas! Había un poste en medio de la carretera que no permitía que los carros pasaran. El tendido eléctrico también se encontraba en el piso por lo que me dio un poco de miedo, pero quería verificar si la panadería estaba abierta. Tuve que hacer una fila de casi una hora para dos libras de pan, pues era el límite por cliente. Esa tarde intentamos llegar a Añasco, dado que mis tías querían saber si su casa se había inundado. Lamentablemente no pudimos pasar pues el Río Grande de Añasco había llegado hasta el sector El Maní, en Mayagüez. Mi tía estaba casi segura de que su casa se había inundado pues para el huracán Georges perdió muchas pertenencias debido a las inundaciones. Como no pudimos pasar en dirección a Añasco, ella comenzó a llorar ya que pensaba que lo había perdido todo.

Nos dirigimos entonces a mi casa para ver en qué condiciones se encontraba. Para llegar a casa tuvimos que tomar rutas alternas debido a que los postes se habían caído y obstruían el paso. Observé que había mucho lodo en las calles que permitían la entrada al barrio donde vivo y de esa misma forma se encontraban muchísimas carreteras principales. Agradidamente a mi casa no le había sucedido nada, mientras que yo estuve horas en tensión pensando que lo había perdido todo. Estaba sumamente feliz de que mi casa estaba casi intacta y tenía agua; ¡no se había ido el agua! Podía bañarme directamente de la ducha; jamás pensé que tener servicio de agua me hiciera sentir tan dichosa. Fui parte de esos pocos agradecidos a los que no les llevaron

ese servicio. En ese momento pensé que el agua en vez de ser un derecho era un privilegio.

El sábado fuimos nuevamente a Añasco donde pudimos pasar en dirección a la casa de mi tía tomando una vía alterna por el cementerio. Transitar por la carretera principal era casi imposible: estaban llenas de material vegetativo y también había un gran cráter donde la carretera había cedido, por lo que era bastante peligroso intentar pasar. Al llegar a la casa de mi tía observé un triste escenario: el Río Grande de Añasco había inundado unos cuatro pies y prácticamente había perdido casi todo: camas, muebles, televisores, estufa. Esos fueron momentos tristes pues mientras uno no había perdido nada, otros lo perdieron todo.

Ahora comenzaban los efectos pos-María. Llegó un momento en el que, admito, ¡amé las filas! Escuchaba las experiencias de otras personas, sus pensamientos y las necesidades que afrontaban; mucho peor que mis vivencias. Hice una fila de unas 3 horas solo para una bolsa de hielo. Luego comenzaron las filas en los bancos. El lunes 25 de septiembre fue el primer día que las sucursales abrieron en el área donde vivo luego del paso del huracán María. Estuve 3 horas y 15 minutos solo para sacar 100 dólares, el máximo permitido, por lo menos ese primer día. Así continuó por los primeros días hasta que luego de eso se permitió retirar lo que uno deseara de su cuenta. Para mí, el mayor problema fue hacer diligencias esos primeros días puesto que tenía que dejar a mami, de 73 años, sola y sin comunicación. No tener electricidad obligaba a comprar solo productos enlatados. Tenía que buscar hielo todos los días, principalmente para mantener la insulina de mami fría. Mientras que a muchos vecinos les comenzó a llegar el servicio de electricidad, a mi casa no llegó; formamos parte de los famosos “bolsillos” sin electricidad. Así pues, iba a casa de los vecinos por hielo y para cargar los artefactos

electrónicos. Había días, sin embargo, en que no conseguía hielo, ya fuera porque los vecinos trabajaban o no se encontraban en sus casas. Todo eso fue un caos que me causaba estrés. No saber si al otro día encontraría hielo para refrigerar la insulina o los alimentos me mantenía en tensión.

Con el huracán María aprendí a valorar la vida y las pequeñas cosas que uno no considera importantes. Yo nunca me había puesto a pensar en el valor de la electricidad o del agua, que son servicios a los que he estado acostumbrada y nunca había carecido de ellos. Ahora puedo decir que soy una persona más empática luego del temporal. Le abrimos nuestra puerta a todo el que necesitara agua para que llenaran sus pipotes y galones, pues yo también sabía lo que era necesitar algo y no tenerlo. Mientras uno pudiera contribuir con un granito de arena a aliviar el sufrimiento de otros, me daba por bien retribuida. Otra cosa que aprendí es lo vulnerables que somos a eventos como estos. Considero que la isla no estaba preparada para un huracán de tal intensidad. También pienso que el Gobierno no manejó la emergencia eficientemente; en mi caso voy a cumplir 52 días sin luz y, ciertamente, no veo que estén aligerando ni perfeccionando el proceso. Esto es verdaderamente preocupante; hay hasta personas muriendo por falta de oxígeno y de recursos que los ayuden a afrontar esta emergencia. Por último, aprendí el significado de la palabra paciencia, no solo al momento de hacer largas filas, sino también al momento de lidiar con personas empujando y diciendo groserías pues no tienen el temple ni el humor de esperar tantas horas. Yo, sin embargo, me mantenía tranquila, pues al igual que yo tenía la necesidad de comprar hielo, pan y obtener dinero del banco, otros cientos de personas tenían la misma necesidad. Es más, yo no veo a María como un evento negativo, veo que María nos hizo volver a ser gente, nos unió y ahora nos toca ayudar a los demás.

CÓMO UN HURACÁN CAMBIA LA PERSPECTIVA DE UN SER

Por: Carlos F. Rivera López



Zapatero de Orocovis: Resignación ante el desastre.

5 de noviembre de 2017
Orocovis, Puerto Rico

MIENTRAS IBA DE CAMINO A MAYAGÜEZ el domingo 17 de septiembre del 2017 para comenzar una nueva semana del semestre académico, escucho que el locutor de la radio dice: “Impacto del huracán María acercándose al Caribe será inminente para la isla de Puerto Rico. Este azotará a la isla como un huracán categoría 4 si no 5. A prepararse, gente”. Al parecer, la semana del semestre no iba a comenzar. Lo que yo no sabía es que las clases no iban a empezar por un buen rato. Al escuchar el mensaje del locutor, seguido por la cancelación de clases y trabajos para toda institución alrededor de la isla, me dije a mí mismo: “Carlos, por ahí viene tu primera experiencia con un huracán”. Siempre buscaba videos de huracanes pasados, o tifones, como se les llama en otras partes del mundo. Yo me pasaba imaginando cuán rápido podrían ser esos vientos como para volcar un carro, pero nunca había experimentado las consecuencias de un fenómeno natural. Aunque el hecho del “impacto inminente” me asustaba por las consecuencias que podría traer, sentía intriga y curiosidad al momento de pensar que un sistema complejo y perfecto venía por ahí. La cosa que era complicada de por sí, se

convertía en una mezcla de emociones sin tan siquiera haber llegado al Caribe.

De regreso a mi casa en Orocovis, y durante el lunes 18 de septiembre del 2017, y el martes 19 de septiembre del 2017, estuvimos haciendo todo tipo de preparativos para la llegada de María: poniéndole paneles de madera y PVC a las ventanas de mi casa, levantando todo tipo de artefacto que estuviese dentro de la casa que pudiese dañarse si entraba en contacto con agua, asegurando todo tipo de proyectil que estuviese al aire libre y fuese peligroso si el viento lo movía, echándole gasolina a los carros y estacionándolos en lugares seguros, haciendo hielo en bolsas para mantener fría la insulina de mi hermana que tiene diabetes, ayudando a mis abuelos a preparar su casa y asegurar sus pertenencias. Eso de estar mirando a mi alrededor para identificar cosas que pudiesen ser un peligro fue una práctica que nunca había llevado a cabo. Hacer eso fue algo que nunca hubiese hecho si no hubiese tenido la necesidad; de esta manera, me hice más consciente de mis alrededores y de las consecuencias que pudiesen tener.

Acercándose la tarde y noche del martes 19 de septiembre del 2017, los vientos que se sentían fuera de la casa comenzaban a ser más fuertes de lo normal, ya augurando lo que venía en camino. En la parte de afuera de la ventana de mi cuarto —una de las pocas que no tuvo un panel para protegerla ya que es de aluminio— se escuchaba cómo pequeñas piedras chocaban con el metal. Alrededor de las 11:30 p. m. me acosté a dormir después de enviar algunos mensajes. Luego de unas 5 horas, mi mamá me levanta asustada porque acababa de escuchar un ruido fuerte; era un tronco que había caído sobre el techo de la casa y yo no lo había escuchado. Verificamos que nada le hubiese pasado a la casa, y aunque la caída del árbol no perjudicó nada de la estructura, ya el agua se había metido por varias

partes de la casa. Las ráfagas de viento que pasaban eran fáciles de imaginar pues traían consigo todo lo que se le interpusiera en su trayectoria —agua, piedritas, ramas, hojas, quién sabe si hasta insectos y animales— y chocaban con la ventana de metal. En ese momento comenzamos mami y yo a ponerle una bolsa plástica grande al *screen* de la ventana para por lo menos controlar un poco el agua que entraba. Aunque esto funcionó, el *screen* se rompió a los 45 minutos por tanto viento que entraba por la ventana, incluso cuando estaba cerrada. Estuvimos algunas horas tratando de sacar agua con el mapo y mover cosas que comenzaron a mojarse, mientras, escuchábamos cómo las ramas y los troncos de los árboles se partían al pasar las ráfagas y los vientos del huracán. Luego de un tiempo, y al normalizarse un poco la entrada del agua a la casa, me volví a dormir; aunque estaba asustado e impresionado por el sistema, no podía hacer nada más al respecto.

A las 8:00 a. m. del miércoles 20 de septiembre de 2017, mi mamá me levanta diciendo: “Ay, Carlos, yo creo que el huracán ya se fue. Ya no está lloviendo ni soplando. Eso tuvo que haber subido, olvídate. Tú sabes cómo son estas cosas, así, como locas”. Me levanté de la cama, completamente confundido, porque yo sabía que el huracán no podía haber cambiado su trayectoria así de repente y mucho menos desaparecer como si nada hubiese estado ahí. En todo caso, si hubiese subido o bajado su trayectoria, por lo menos lluvia y viento tenía que haber; pero no se escuchaba nada. Para mí eso significaba que el ojo había llegado más temprano de lo que los modelos predecían, pero no dije nada hasta asegurarme. Busqué un pequeño orificio por el cual pudiese ver hacia afuera. Durante ese momento el viento chocaba con mi ventana, por lo que la dirección de los vientos era hacia el oeste. Si ese era el ojo, entonces los vientos iban a venir en dirección contraria. Teniendo eso en

mente, abrí la puerta trasera para sorprenderme con todo lo que veía: árboles caídos, hojas por todos lados, los cables del poste justo al lado de la casa entre las ramas de los árboles, y agua casi por entrar a la casa, la cual está a medio pie más alta del suelo. Estaba sorprendido por la fuerza de los vientos que trajo el huracán, sorprendido con cuán potentes son los sistemas naturales. Cuando mi mamá miró hacia afuera comenzó a llorar y me dijo: “Viste, Carly, ya eso se fue, ya se acabó todo, ya no hay nada más. Ay, Dios mío, por lo menos ya todo pasó...”. No dije nada esperando a ver qué pasaba. Luego de unos segundos, vi cómo las palmas se movían en dirección contraria. Cerré la puerta rápidamente, y mirando a mami le dije: “Este es el ojo del huracán, y ahora viene la otra parte”. En ese momento, mami comenzó a llorar aún más. Le dieron náuseas, y comenzó a preguntar que qué íbamos a hacer, qué pasaría si el agua entraba a la casa o si los vientos se llevaban los paneles... No pude hacer nada más que calmarla y decirle que había que esperar a que pasara la otra parte del huracán... que nada le pasaría a la casa ni a nosotros.

Al recibir vientos en dirección contraria, pudimos abrir una ventana para ver cómo los vientos y las lluvias se comportaban. Ya nada se caía, pues toda la vegetación y los postes que podíamos ver se habían caído. Era impresionante ver cómo esas ráfagas se hacían completamente visibles, cómo se escuchaban, y cómo convertían las gotas de la lluvia en agua nebulizada que casi no se podía ni ver. Durante un rato seguimos mapeando y sacando el agua que se filtraba por algunas paredes y por otras ventanas. Cuando ya tuvimos todo un poco bajo control, me dormí otro rato más. Cuando me levanté ya era alrededor de la 1:00 p. m. Los vientos, aunque con menos velocidad, seguían siendo fuertes. Comí algo y seguí viendo el movimiento de las palmas por la fuerza de los vientos, aún impresionado.

El resto del día y noche siguió igual, con mucho viento y lluvia, mientras el huracán se alejaba de Puerto Rico.

Al próximo día (jueves, 21 de septiembre de 2017), alrededor de las 7:00 a. m. vinieron unos vecinos para abrir paso por la carretera, pues había muchos árboles y ramas que impedían el paso de carros. Luego de unas horas, mi abuelo llegó a casa en su carro para verificar cómo estábamos. No pudo entrar a la casa hasta que llegó uno de los vecinos que cortó el cable de un poste que se cayó por el impacto de un tronco; el cable estaba expuesto a un charco inmenso de agua y no queríamos que nada sucediera en caso de que el cable tuviera energía. Luego de cortarlo por fin pudo entrar a la casa, recibiendo a mi mamá con mucha alegría de verla bien, y dijo: “¡Ay, hija! Yo estaba tan arrepentido por no haberlos obligado a que vinieran con tu mamá y conmigo a casa...”. Nos contó que había muchas casas sin techo, casas caídas, derrumbes en entradas a casas y vagones volcados a lo largo de la carretera. “Yo no sé ni cómo yo llegué aquí, si eso lo que hay es derrumbe por todos lados, las carreteras ni están. Mira, yo me llevé un cable tensor enredado y casi me quedo sin carro también. Yo tú ni salgo hasta que esto se normalice un poco”. Mientras él contaba eso, yo me puse a pensar en lo que había pasado y cómo el paso de un huracán puede causar desastres que les cambian la vida a las personas. “¿Qué será de mis familiares? ¿Qué será de mi apartamento en Mayagüez? ¿Cuándo podré ver a alguien más?”. Eran tantas las preguntas que tenía y que no podía contestar, y eso me desesperaba. Aunque en mi casa no pasó nada grave, estábamos incomunicados, sin luz, sin teléfono, casi sin agua, sin paso por la carretera por toda la vegetación destruida; situaciones que son opuestas a todo lo que mi generación tuvo y con lo cual creció. Me di cuenta de que mi perspectiva en cuanto a los huracanes había cambiado, así como un huracán cambia la perspectiva de un ser.

Ya llegado el viernes, 22 de septiembre de 2017, decidimos salir de la casa para ver si podíamos comunicarnos con alguien, pero justo cuando pasábamos por nuestra ruta usual, que ahora estaba totalmente destruida y devastada, empezamos a ver la magnitud de la destrucción. Vimos, por ejemplo, cómo la casa de una compañera de trabajo de mi mamá se había quedado sin techo y todas sus pertenencias se habían mojado. Nos llenó a todos de tristeza y regresamos para nuestra casa. Fue tan fuerte el impacto que recibió mi mamá al ver la casa de su compañera de trabajo destrozada que comenzó a llorar. Volvía a preguntarse en voz alta y desesperada qué íbamos a hacer y cómo íbamos a salir de esta.

Ya caída la tarde, comenzábamos con nuestra rutina. Esta consistía en activar la planta eléctrica por unas tres horas para así poder cocinar, enfriar un poco la nevera para salvaguardar las cosas que había dentro de ella, incluyendo la insulina de mi hermana, y para ver un poco de televisión; el servicio de televisión estaba funcionando luego del huracán, impresionantemente. Era evidente que nuestra rutina diaria había cambiado; algunas cosas que antes no siempre ocurrían, ahora sí pasaban. En ese rato con electricidad comíamos juntos en la mesa, veíamos las noticias juntos, hablábamos en todo momento; es como si el huracán se llevó cosas materiales, pero nos dejó una unión que antes no habíamos experimentado. Luego de bañarnos a cubitos, apagábamos la planta eléctrica y nos acostábamos a dormir; eran las 7:00 p. m. y ya estábamos listos para descansar. Yo me ponía a leer el libro que estaba leyendo al momento, alumbrado por una pequeña lámpara que tengo, y me quedaba dormido cuando me sentía lo suficientemente cansado para hacerlo. ¡A dormir hasta el próximo día!

La rutina del día siguiente fue la misma por varios días. Acompañaba a mi mamá a la escuela donde trabaja. Allí

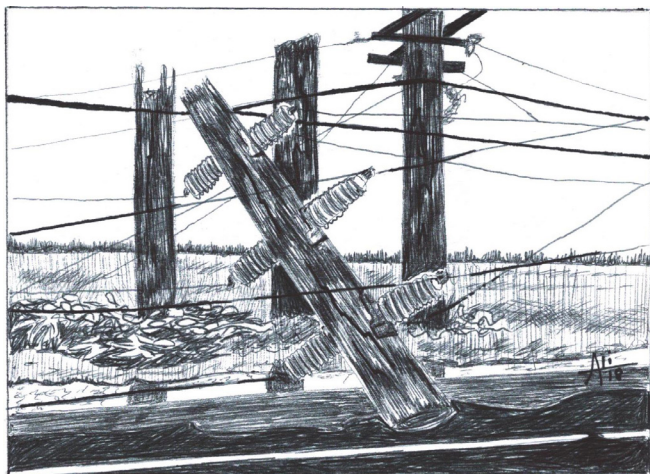
hacíamos hielo en bolsas Ziploc utilizando el congelador de su salón y la energía generada por la planta de la escuela. La escuela estaba en funcionamiento, no solo para que los maestros pudieran reportarse, sino porque también la estructura la usaban como refugio para personas que pudieran estar en peligro de perder su casa antes del huracán. Mi mamá se quedaba en su salón trabajando, mientras yo me llevaba su guagua para hacer fila en el banco y poder retirar dinero; para esto llegué a hacer una fila de tres horas. También me daba tiempo para comprar algunas cosas en el supermercado, o me iba a hacer una fila de cinco a siete horas para poder conseguir gasolina para la guagua y para la planta eléctrica. Al pasar por el casco urbano de Orocovis, se podían ver los estragos del huracán María sobre todas las tiendas, centros de servicio, y especialmente en el pequeño y humilde taller del famoso zapatero de Orocovis; la zapatería estaba completamente destruida por el huracán. Allí veías al pobre zapatero sentado en la misma silla, como si no importara lo que había sucedido o simplemente se hubiese resignado ante la situación. Luego de que mi mamá saliera de trabajar, nos íbamos a la casa de mis abuelos para ayudarlos a hacer lo que necesitaran y estar un rato con ellos. De vuelta en mi casa, decidía qué hacer; estaba un rato recogiendo hojas y ramas afuera, lavando ropa y toallas con mi mamá a mano, chismeando sobre cosas de la vida, o simplemente retomaba el libro que estaba leyendo. Todos los días, las rutinas se repetían a menos que una situación surgiera, como ayudar a alguien más o escuchar sus experiencias durante el huracán. De todos modos, lo importante era mantenerse ocupado para poder enfocar la mente en algo y no sumarle preocupaciones y ansiedades a las ya existentes.

Una de las preocupaciones más grandes de mi mamá era que mi papá, quien estaba viviendo en Boston, Massa-

chusetts, no sabía nada de nosotros; esa situación nos desesperaba grandemente. Siempre que teníamos la oportunidad, salíamos a buscar señal de teléfono en cualquier lado que pudiéramos. Yo nunca conseguía señal, pero mi mamá y mi hermana lograron conseguir una tarde y comunicarse con mi papá. Cuando pudimos hablar con él, lo único que escuchábamos de su parte era unos repetidos “¡Dios mío, Dios mío!”. Nos dijo que estaba tratando de llegar a la isla desde el huracán, pero que le seguían cancelando el vuelo. También nos contó que las imágenes y videos que llegaban a los noticiarios de Estados Unidos mostraban escenarios horribles y destruidos alrededor de toda la isla, y que toda su familia allá estaba muy preocupada por nosotros. Nos dijo que ya pronto llegaría a Puerto Rico, y por primera vez después del huracán, me pude sentir tranquilo por algo.

MARÍA: NOMBRE COMÚN QUE NOS CAMBIÓ LA VIDA

Por: Edhaliz A. Ríos Santiago



Incomunicados y olvidados.

26 de diciembre de 2017
Juana Díaz, Puerto Rico

ANTES DE QUE PASARA EL HURACÁN MARÍA, había pasado cerca de Puerto Rico el huracán Irma. Para Irma mis padres decidieron poner tormenteras en la casa para prevenir cualquier daño, pues como dice el dicho, “Más vale prevenir que tener que remediar”. Mientras las poníamos, los vecinos nos miraban y hasta se burlaban y comentaban entre ellos que no era necesario, ya que no iba a pasar nada. Efectivamente, Irma no causó muchos daños, pero luego se aproximaba otro huracán de gran magnitud.

El domingo 17 de septiembre de 2017, me levanté a eso de las 11:00 a. m. y salí con mi mamá a comprar las últimas cosas para los preparativos ante el paso del huracán María. Al llegar a casa comienzo a recoger las cosas que me iba a llevar para Mayagüez, ya que soy de Juana Díaz. Como a eso del mediodía comienzan rumores de que se cancelarían las clases; no fue hasta por la tarde que se informó oficialmente que las clases quedaban suspendidas para todo el sistema de la Universidad de Puerto Rico. Luego de ese anuncio me sentí un poco preocupada y me dije: “Esto es de preocuparse; lo que viene es grande”.

El lunes 18, mis padres salieron a trabajar, pero llegaron más temprano de lo normal ya que el gobernador instó a que no hubiera nadie en las calles luego de las 6:00 p. m. El martes, antes del azote del huracán María, nos quedamos todo el día en la casa esperando por la llegada del evento. Recuerdo esa noche, antes del 20 de septiembre, que estaba muy asustada. Ya como a eso de las 11:00 p. m. se comenzaron a sentir los vientos fuertes. Recuerdo que no pude dormir nada esa noche, y como a la 1:30 a. m. del 20 de septiembre, me puse a ver qué comentaban las personas en Facebook. Creo que ponerme a ver Facebook fue lo peor que pude haber hecho. A las 2:30 a. m. recuerdo haber visto una excompañera de escuela que *posteó*: “Dios mío, le acaba de volar el techo a la casa del vecino”. En ese momento caí en pánico y realmente no sabía qué sucedería en Puerto Rico. Luego de eso se fue la luz, y me preguntaba hasta cuándo estaríamos así. Comencé a escuchar los vientos cada vez más fuertes y no podía dormir, por lo que le pregunté a mi hermana si se podía venir a dormir conmigo y ella aceptó. Aun con mi hermana al lado continuaba muy asustada. Cada vez que intentaba quedarme dormida algo azotaba contra mi ventana y quedaba parada sin nada de sueño.

Todo comenzó a disminuir un poco. Me moría de la curiosidad por saber qué pasaba afuera, qué había ocurrido y cómo había quedado todo. Ya por la madrugada me dio hambre y comencé a comer mucho por los nervios que tenía; también jugaba máncala con mi hermana. Luego de un ratito, veo que comienza a bajar un chorrillo de agua por debajo de la consola del aire acondicionado. Cada vez entraba más agua y tenía mucho miedo de que se llenara el cuarto de agua. Con toallas y el mapo pudimos evitar que no continuara regándose el agua por el resto del cuarto; así continuó hasta que se calmó un poco la lluvia.

El día del paso del huracán pudimos abrir la puerta de la casa a las 4:00 p. m. Vi a mi vecino corriendo por la calle; estaba gritando que tenía que ayudar a otro vecino al que se le habían volado muchas cosas de la casa. Mientras miraba lo que ocurría, me decía en mi mente: “El viento se lo va a llevar a él si no se mete para su casa”. Mi padre pudo salir y verificó qué pasaba con los aires y por qué se metía agua. Vio que fue que el viento se llevó los cubre faltas y por eso se metía el agua. Luego salí con mi mamá y mi hermana y fuimos a ver que los vecinos estuvieran bien. Salimos a dar una vuelta caminando por la urbanización. Vi que habían volado muchos techos de zinc, y verjas enteras estaban en el suelo. Nos volvimos a la casa ya que el viento comenzaba a aumentar de nuevo y la lluvia a apretar.

Estuvimos en la casa sin poder salir hasta el viernes 22, ya que no había salida por ningún lado por las inundaciones y por la cantidad de postes en el suelo. Ese día, al medio día, pudimos salir para casa de mis abuelos maternos quienes viven en Juana Díaz, cerca de nuestra casa. No sabía qué esperar cuando saliéramos, ya que los vecinos que habían salido nos decían que todo estaba destruido y que daba mucha pena. Cuando salimos rumbo a casa de mi abuela vimos que todo estaba devastado. Todos los árboles que a diario veía estaban en el suelo; ni un poste de pie y muchas casas destruidas. No sabía ni cómo me sentía, quería hacer tanto. Llegamos a casa de mis abuelos. A ellos se les había metido el río a su casa, pero gracias a Dios que su casa y la de mis tíos son de dos pisos; el río se metió para su urbanización e hizo y deshizo como quiso. Lo importante es que todos estaban bien, y a pesar de que perdieron algunas cosas materiales, a ellos no les pasó nada. Esto fue un gran alivio. Por otro lado, teníamos la preocupación por mis abuelos paternos. Ellos y la hermana menor de mi papá, junto con su familia, viven en Jayuya. No sabíamos nada

de ellos, y peor aún, no había manera de llegar hasta donde ellos en Jayuya; la única forma era en helicóptero.

El domingo, muy temprano en la mañana, sonó el teléfono de la casa. Era la mamá de mi novio quienes recientemente se habían mudado a Estados Unidos. Ellos pensaban lo peor, ya que lo que circulaba en los medios allá era que Puerto Rico había desaparecido. Me puse muy feliz al hablar con ella y dejarle saber que a pesar de las necesidades y lo difícil que se hacía conseguir cualquier cosa, estábamos bien. Aprovechamos la llamada y le dimos los números de todos nuestros familiares que viven en Estados Unidos para que se comunicara con ellos y les dijera que estábamos bien. Al par de horas, comenzaron a llamar y entre lágrimas y alegrías, se sentían tranquilos de escuchar que estábamos bien, aunque lamentaban todo lo sucedido.

El lunes 25 de septiembre salimos a sacar dinero. Estuvimos cuatro horas en la fila, y cuando apenas faltaban dos personas para nuestro turno el sistema dejó de funcionar. Yo no lo podía creer. Tenía esperanza de que fuera a volver a funcionar pero no fue así, por lo que volvimos a casa sin poder sacar dinero. Al siguiente día, salimos a echar gasolina: estuvimos seis horas en la fila. ¡Sí, seis horas! Pensaba que nunca íbamos a llegar a la estación; en todo ese tiempo dormí, hice ejercicios, gasté la batería de mi celular... ya no encontraba qué más hacer. Lo más emocionante de haber esperado esas seis horas fue que cuando íbamos a pagar la gasolina llegó el camión de hielo y pudimos comprar una bolsita; la primera bolsita de hielo que veíamos luego del paso del huracán María. Luego de echar gasolina buscamos dónde podíamos comprar de comer y literalmente todo estaba cerrado. Ni siquiera un solo *fastfood* estaba abierto y en ese momento me dije: “Esto sí es grave”.

Ya por la tarde, cuando comenzaba a oscurecer, íbamos de regreso a casa. Llegamos y había una guagua frente a

la casa, pero con la oscuridad no sabíamos quién era. De repente comienzan a gritar y era la hermana de papi, titi Haydelis, que había llegado desde Jayuya. Había llegado hasta Ponce a buscar gasolina, ya que para Jayuya no estaba llegando combustible. Estando en Ponce decidieron pasar por casa ya que los comentarios que llegaban allá eran que el mar se había metido y se había llevado todo. Ella comenzó a llorar y no podía creer que estuviéramos bien. Estuvo junto a su esposo en casa, les dimos de comer y hablamos un rato. Nos contó que mi abuelito no quería comer porque no sabía de nosotros, por lo que mis padres decidieron que teníamos que ir a Jayuya cuanto antes para verlos. Ya por lo menos estábamos más tranquilos porque sabíamos que estaban bien.

El 28 de septiembre nos levantamos muy temprano y partimos para Jayuya. El camino fue impactante: lugares donde antes todo era verde ahora estaba todo seco. La mayoría de los árboles estaban en el suelo y muchas casas derrumbadas. Al llegar a Jayuya, la carretera por donde usualmente llegamos a casa de mis abuelos se había derrumbado. Tuvimos que tomar otro camino por donde literalmente cabía un solo carro, ya que también se había derrumbado y habían rellenado con tierra para que las personas pudieran pasar. Logramos llegar a casa de mis abuelitos, y pudimos ver que estaban bien. Le llevamos gasolina y pasamos un rato con ellos. Hablábamos de las experiencias con el huracán. A ellos les había llegado el agua y antes de irnos aprovechamos y nos bañamos; imi primer baño con calma y con mucha agua desde el huracán! De regreso a casa nos detuvimos a sacar dinero, y luego de varios intentos por fin pudimos sacar.

Antes de que pasara el huracán, un tío de mami con su esposa —tío Luis y titi Aida— habían venido a Puerto Rico a visitarnos. Iban a pasar el huracán en Juana Díaz en casa

de mi abuela. Al principio habían dicho que el huracán iba a entrar por Guayama y no querían quedarse en el área. Deciden entonces irse a Humacao a casa de un familiar. Luego cambia la trayectoria del huracán, ahora entraría cerca de esa área. El día 30 de septiembre mami recibe un mensaje de la hija de sus tíos en el que decía que tenían boletos de avión y que sus padres salían al día siguiente, el 1ro de octubre, pero que no se habían podido comunicar con ellos. En ese mismo instante, tras recibir el mensaje, salimos para Humacao. El camino para llegar allá fue un desafío. Había muchas carreteras cerradas y tuvimos que desviarnos por sitios que no conocíamos. Comenzó a llover fuerte y no paraba, había muchas inundaciones. En un momento nos dimos cuenta de que el agua estaba llegando a mitad de la puerta del carro; esto a pesar de que íbamos en uno de esos Jeep altos. Pensábamos que era un área inundada, pero nos percatamos de que no era una inundación, sino el paso de un río crecido. Pudimos salir de la situación y continuamos con mucha lluvia por el camino; finalmente pudimos llegar. Ellos se emocionaron mucho al vernos, y más aún cuando les dimos la noticia de que se iban para su casa en New York el día siguiente. Estuvimos un ratito compartiendo con ellos en lo que dejaba de llover un poco. Cuando íbamos a irnos no podíamos salir; el río se había salido de su cauce. Habíamos quedado atrapados porque las dos salidas que nos llevaban hacia la autopista estaban inundadas. Luego de unas dos horas pudimos salir de allí, y gracias a Dios llegamos bien a casa. Mientras estuvimos por el área me impactó mucho la cantidad de postes de cemento partidos por la mitad, todas las casas derrumbadas y ver cómo el mar entró bastante.

Unas semanas más tarde llegó la luz a mi casa en Juana Díaz, mis padres comenzaron a trabajar y mi hermana comenzó la universidad. Yo me sentía sola en casa, no sabía

qué hacer, quería ayudar, pero no sabía cómo. Anuncian que empezaremos las clases en Mayagüez el 30 de octubre, pero no creo que todos los estudiantes estuviesen preparados para ello. El sábado 28 de octubre visitamos a mis abuelitos en Jayuya como por cuarta o quinta vez luego del huracán. Para ese viaje habíamos preparado unos bolsos con alimentos, llevábamos hielo y botellas de agua, ya que allá se estaba dificultando un poco obtener suministros. Les entregamos los bolsos a diez familias y se ponían muy felices, más aún cuando veían la bolsa de hielo. Al final del día me puse a reflexionar y me sentía muy afortunada porque, aunque se nos dificultaba conseguir las cosas, las obteníamos; en Jayuya casi no tenían suministros, no llegaba nada.

El día 30 de octubre comenzaron las clases en el Recinto de Mayagüez, donde estudio. Fue un poco difícil. La luz y el agua estaban inestables, y el internet y las comunicaciones ni se diga. El primer día de clase los profesores fueron con calma, pero mientras pasaba la semana se sentía más presión. No me sentía preparada emocionalmente para la universidad otra vez, y pude notar que muchas de mis amistades y compañeros tampoco. Escuchaba que muchos habían perdido sus hogares, otros no tenían mucho dinero y otros no tenían de comer. Escuchar esas palabras por las primeras dos semanas luego del regreso a clases me puso un poco triste y *down*. Luego me puse a reflexionar. Pensaba que en ocasiones estas cosas nos tienen que pasar para despertar de la rutina del día a día y el ajetreo en el que vivimos y para valorar y agradecer lo que tenemos. Había más unión entre los vecinos, todos se ayudaban y se preocupaban los unos por los otros. Hoy día todavía creo que Puerto Rico continúa muy afectado por el paso del huracán María, pero creo que poco a poco hemos salido hacia adelante y así continuaremos haciéndolo.

MARÍA:
EL FENÓMENO QUE CAMBIÓ LA VIDA DE UN PUEBLO
Por: Glorimar E. Sellas Ramírez



El Río Guayo reclama su espacio.

2 de diciembre de 2017
Juana Díaz, Puerto Rico

ERA DOMINGO, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2017. Estaba sentada en la mesa del comedor de mi casa adelantando unas tareas que tenía pendiente para la semana; a la misma vez, escuchaba el televisor. De repente, interrumpieron la programación regular para transmitir un comunicado de prensa ofrecido por el gobernador. Explicó que una tormenta que se había formado en el Atlántico poco a poco se intensificaba. Sentí cómo mi corazón soltó un gran latido cuando mostraron, en la imagen de radar, la ruta pronosticada de ese huracán, el cual habían llamado María. Los pronósticos planteaban que el huracán cruzaría por el centro de Puerto Rico, haciendo entrada por el sureste y despidiéndose por el noroeste. Recordaba cómo hacía una semana tuvimos la visita cercana por el norte de Puerto Rico de otro huracán llamado Irma. Sus efectos no se sintieron en el pueblo donde vivo, Juana Díaz, ubicado en el sur de la isla. Para ese entonces, sufrí mucho al ver en las noticias cómo tenían que evacuar a las personas de sus hogares que se encontraban en las costas. No me podía imaginar el dolor que las personas estaban sintiendo en ese momento por dejar

todo lo que conocían y sus pertenencias. Al seguir viendo la conferencia de prensa, escuché que habían anunciado la cancelación de clases para la preparación del paso de María. Hubo muchas reacciones ante tal acción: muchos no estuvieron de acuerdo porque la gran mayoría de los puertorriqueños no estábamos acostumbrados al paso de eventos de tal magnitud. Sin embargo, nadie nunca se imaginó lo que estaba por venir.

Dos días pasaron; dos días llenos de ansiedad ante la espera desconocida. Era martes, 19 de septiembre de 2017. Desde que se anunció el huracán, mi familia y yo estábamos siempre al tanto de los boletines informativos, los cuales mostraban la trayectoria actualizada de María. Horas antes del huracán, me encontraba sentada en la sala de mi casa mientras veía una película. En ese momento no tenía la menor idea de qué esperar, ya que en mi mente no conservaba ningún recuerdo del cual tomar referencia; el último huracán intenso en impactar a Puerto Rico fue Georges, el cual pasó en el 1998, año que nací. Pensaba que con el paso de María lo que se aproximaba solo iba a ser lluvias fuertes. Escuché el mandato de mis padres, que se encontraban en la segunda planta de mi casa, señalándome que cambiara la programación para Noticentro, ya que iban a presentar otro boletín informativo. Al momento en que vi la trayectoria, sentí cómo la ansiedad inundó mi cuerpo. Sentí unas ganas increíbles de llorar al ver la imagen. El radar Doppler mostraba el huracán pasando por el medio de la isla; sin mucha diferencia a la trayectoria que mostraron días atrás. Tal vez sentí esperanza de que pudiera haber un cambio repentino, pero no, seguía su rumbo ya establecido. Lo que sentía era algo extraño: sentía miedo, pero a la vez intriga de vivir un fenómeno de tal magnitud. En ese momento, mi familia y yo teníamos un viaje planificado. Era la boda de mi hermano, que se iba a llevar a cabo

en Nueva York. Mis padres tomaban su avión el sábado 23 de septiembre, mientras que yo tomaría el mío el 30 de septiembre. A causa de eso, nuestros recursos de alimento no eran muchos, ya que nuestro propósito era acabar todo antes del viaje. Ante esta situación, no nos encontrábamos preparados para enfrentar el huracán.

Era la madrugada del miércoles 20 de septiembre, y las primeras ráfagas de viento se comenzaron a sentir a las 2:30 a. m. Me encontraba acostada, sin poder dormir, mientras escuchaba cómo se sentía la fuerza de los primeros vientos. Intentando conciliar el sueño, observaba por la ventana del cuarto uno de los árboles que se encontraba en la parte de atrás de la casa. Durante el resto de la madrugada, observé cómo sus ramas se movían al son del viento; cada vez intensificándose. Ese viento provocaba un sonido peculiar, un sonido que no puede abandonar tu cabeza luego de escucharlo. Al pasar las horas, luego de varios intentos fallidos de tratar de dormir, mis padres y yo nos preparamos para el día. Eran las 7:30 a. m., y recuerdo con muchísima claridad cuando me asomé a la ventana que da hacia el frente de mi casa. Frente a esta se encontraba nuestro árbol de roble. Solté un pequeño grito, sorprendida al ver cómo una de sus ramas grandes había caído al suelo. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo; era tan diferente ver los embates de un huracán en videos que experimentarlo en persona. ¿Cómo era posible que un fenómeno así impactara tanto?

El resto del día, mi familia y yo estuvimos muy ansiosos. Mi casa tiene 2 pisos, y tenemos un techo que simula un tercero. En el techo teníamos paneles de madera que servían de paredes, y paneles de zinc que funcionaban como un pequeño techo. En la mañana, mientras me encontraba sentada en el sofá, escuché un fuerte sonido de algo impactando el suelo. Cuando miré a la parte de atrás de mi casa, vi dos de los paneles de madera colapsados. Inmediatamente

busqué a mis padres para mostrarles lo que había ocurrido. Pocos minutos después se escuchó el tercer panel caer para el lado izquierdo de la casa. Era increíble ver cómo tales vientos conservaban tanta fuerza. Desde una de las ventanas, la cual abríamos cuando teníamos la oportunidad (ya que los vientos te golpeaban la cara), observábamos el río que corre detrás de mi casa. Era impactante la imagen que veía: el cuerpo de agua se movía con tanta velocidad y con tanta furia. Tenía miedo de que llegara a la altura de nuestra casa. Constantemente le preguntaba a mi padre si eso era posible, pero con su fe, firmemente respondía que no. Ya para ese momento los vientos eran constantes zumbidos que no abandonaban los oídos.

Por otra parte, era tanta el agua que caía que, a causa de los paneles de madera colapsados, por la puerta que daba para el techo comenzó a entrar agua al pasillo del segundo piso. Inmediatamente mis padres y yo nos movilizamos para buscar un mapo y un balde. Comenzamos a mapear el agua y a depositarla en el balde; el agua era interminable. Buscamos todo tipo de toallas para intentar bloquear el paso del agua. Finalmente, se pudo bloquear la entrada de agua. En ese momento, las ráfagas estaban golpeando una de las ventanas con tanta fuerza, que pensamos que las arrancaríamos. El agua entraba por las rendijas, a pesar de que estaba completamente cerrada. Teníamos tanto miedo; estábamos aterrorizados. Comenzamos a orar para que no ocurriera tal suceso.

Durante todo el día, sin detenerse, escuchamos los fuertes vientos y ráfagas, esperando la hora que todo acabara. Para matar el tiempo, y dado a que no colocamos tormenteras, observamos el huracán pasar por una pequeña rendija de una de las ventanas que daba para la calle principal. Podían pasar minutos largos solo observando cómo los árboles se doblaban ante la fuerza del viento, y cómo el cielo se

encontraba nublado sin una pizca de sol. Mientras observaba, en una ocasión una fuerte ráfaga azotó, provocando que los paneles que formaban parte del techo de madera de la casa de al lado se desplegaran en la calle. Las cadenas que aguantaban la casa de madera de al frente estallaron, provocando que parte del zinc de la casa cayera en la calle de igual forma. Todo esto ocurrió en cuestión de segundos. Estaba tan impactada y asustada por lo que acababa de ver que los gritos salían de mi boca sin yo pedirlo; la fuerza de tal fenómeno era incomparable. Era tanta la frustración que sentíamos; solo queríamos que acabara todo. Estábamos cansados de escuchar los vientos, no nos dejaban dormir. Por un momento, pensé que tal tortura iba a durar para siempre, pero eventualmente, al oscurecer, los vientos cesaron su intensidad; sin embargo, la lluvia persistió.

Al día siguiente, sin luz y sin servicio de celular, nos encontramos ansiosos por saber de mi hermano que vive en Carolina. Observaba cómo mi madre lloraba, pensando en lo preocupadas que debían estar mis hermanas que no viven en la isla. El huracán fue horrible, pero puedo asegurar que lo que nos encontramos al día siguiente fue muchísimo peor. Primeramente, decidimos subir al techo de mi casa, el cual solo conservaba el techo de zinc. Vimos una imagen totalmente diferente a la que estábamos acostumbrados. El río estaba más amplio que nunca. Este, al transportar tanta agua de la montaña, socavó parte del terreno de mis dos vecinos, y ahora sus casas yacían en el borde del precipicio. La imagen nos dejó sin palabras. Más tarde, nos enteramos de que nuestros vecinos intentaron comunicarse con nosotros, ya que abandonaron sus casas en la noche del miércoles para encontrar un refugio. Me rompía el corazón saber que no se sentían seguros en su propio hogar; saber que, posiblemente, en cualquier momento podían perderlo todo. Gracias a Dios, sus casas están sanas y salvas. A cau-

sa de la pérdida de terreno, uno de mis vecinos perdió su carro al llevárselo el río. De no haberlo visto, hubiese sido difícil de creer.

Al transcurrir el día, decidimos salir mis padres, mi tía y yo para ver si podíamos conseguir gasolina o hielo. La imagen que observaban mis ojos era irreal. Postes de cemento desmoronados, árboles en el suelo y sin hojas, casas sin techo y otras destrozadas. Nunca había creído que iba a ver tal escenario. La gente salió, como nosotros, para buscar algún establecimiento o negocio que estuviera abierto, pero la probabilidad era poca. Decidimos ir a nuestro pueblo vecino, Ponce. Era tan increíble ver cómo la vegetación estaba muerta. Árboles históricos, que llevaban años en el lugar, fueron arrancados de raíz. Las montañas parecían estar pintadas color marrón, el cielo se encontraba nublado. Nunca había deseado tanto ver el sol salir para que nos calentara y nos alumbrara con sus rayos de luz. Al llegar al pueblo de Ponce, las carreteras estaban intransitables por la inundación. ¿Cómo es posible que tal fenómeno hiciera tanto en tan poco tiempo?

Nuestra búsqueda de gasolina y hielo no tuvo resultado; eran tantas las personas que se encontraban transitando en la calle que se hacía casi imposible conducir. Después de llegar a mi casa y conversar con mis vecinos de lo que vimos en el camino, me di cuenta de la unión increíble que este suceso fomentó. Estábamos presentes para cada uno, y ese apoyo era indescriptible. Este fenómeno pudo quitarnos muchas cosas, pero gracias a él, nuevos frutos iban a crecer. Las personas se unirán y las casas se levantarán; los árboles crecerán y los bosques reverdecerán. Solo hay que darle tiempo. Por eso te doy las gracias, María, porque a pesar de que fuiste lo peor que nos pudo pasar, nos enseñaste a ser más fuertes ante la adversidad.

“I love the book. It is elegant in its simplicity: it is pure memory uncluttered with theory and interpretation. Even the wonderful artwork inside is subjective and has the quality of memory. Photographs of damage would give the book another feeling and be as intrusive in the mood conjured as footnotes and facts and figures. I find even reading the titles moving: they tell of strong emotions as beautifully as a haiku poem.”

Ben Wisner

Honorary Visiting Professor, Institute for Risk and Disaster Reduction, University College London, UK & Affiliate Scholar, Environmental Studies Program, Oberlin College, Oberlin, OH, USA

